

LA CARTERA

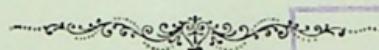
DE

UN MEDICO CIRUJANO

—♦♦♦—

CONTRIBUCIÓN

A LA HISTORIA DE LA GUERRA
DEL PARAGUAY



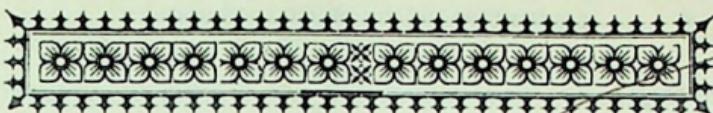
BUENOS AIRES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE «LA AGRICULTURA»

327-CUYO-329

1898

Recuerdo de un amigo suyo



Buenos Aires, Mayo 2 de 1898.

Sr. Dr. Juan Angel Golfarini.

Presente.

Mi distinguido amigo :

Agotadas por completo las ediciones del DIARIO DEL COMERCIO, en que aparecieron publicados sus artículos «La cartera de un médico cirujano—Contribución á la guerra del Paraguay», he resuelto hacer con dichos escritos un pequeño folleto para satisfacer los numerosos pedidos que se han hecho de su trabajo.

La edición será limitada, porque como de los que sobreviven á la gloriosa contienda con el Paraguay van quedando pocos, la demanda del libro debe estar en proporción.

Con el fin de que el folleto aparezca depurado de los errores que se deslizaron en la siempre

precipitada composición de un diario, le enviaré pruebas de página para que se sirva corregirlas, advirtiéndole, de paso, que esta carta irá publicada en el folleto para que el público conozca al autor de esa página de historia, que modestamente ha tratado de ocultarse bajo el nombre de un médico cirujano.

Lo saluda afectuosamente S. S.,

RAMÓN R. CASTRO.

Buenos Aires, Mayo 3 de 1898.

*Al señor Director del DIARIO DEL COMERCIO
don Ramón R. Castro.*

Mi estimado amigo :

Anoche recibí su muy apreciable, avisándome que pensaba V. publicar en folleto mis pobres artículos, titulados «La cartera de un médico cirujano—Contribución á la historia de la guerra del Paraguay», los que tuve que suspender á solicitud de amigos respetables y respetados, pues

había llegado el momento de entrar al estudio y apreciación de diversidad de hechos que forzosamente tenían que herir, y si no herir, lastimar el amor propio de muchos compañeros y amigos de aquella campaña.

Por otra parte, al emprender esa publicación anónima tenía particular interés en poner de manifiesto los puntos siguientes :

1º La necesidad de establecer una buena y sólida organización de la Sanidad Militar, contribuyendo con mi práctica y buena voluntad á la realización de este pensamiento. (1)

2º Demostrar que el 80 % de los heridos se salvan merced á la atención y curación inmediata en el propio campo de batalla, procediéndose incontinenti á la evacuación de los mismos á otros lugares de socorro, donde la asepsia y la antisepsia, como asimismo la aplicación de los métodos modernos, fuera posible realizar, concurriendo con sus valiosos elementos al auxilio de la Sanidad Militar las sociedades de beneficencia, y en primer término la «Cruz Roja, sección argentina», á la cual tengo el honor de pertenecer desde su fundación como vocal del supremo consejo, ocupando puestos de distinción y también de avanzada en los diversos hechos de armas, desgraciada-

mente civiles, que han tenido lugar desde 1874 á la fecha, como asimismo la importante «Sociedad Protección á los heridos», cuya personalidad jurídica está reconocida y de la cual soy, actualmente, su vicepresidente. (²)

Al extraer de mi cartera de apuntes de la guerra del Paraguay algunos hechos relacionados con la Sanidad Militar, donde tuve el honor de actuar como cirujano de la 2^a división del 1^{er} cuerpo del ejército argentino, he creido corresponder á la señalada distinción que se me dispensó poniendo de manifiesto ciertas necesidades, defectos de organización y también carencia de personal y elementos que facilitaran la humanitaria misión de la Sanidad Militar, los que, tomados en consideración y corregidos en tiempo, redundarán en beneficio de los enfermos y heridos si, por desgracia, los negros nubarrones que hoy flotan en el firmamento se condensaran, dando lugar á serias tormentas, que bien pudieran traspasar la Cordillera de los Andes, señalando en la historia un período de desolación y de ruina, que es deber patriótico evitar, y si no evitar, estar preparados para aminorar sus males y velar por la salud y la vida de los defensores del honor nacional.

Explicados así los móviles que me han impul-

sado á dar á la publicidad una parte de mis apuntes de cartera, sólo me resta agradecerle, una vez más, su generosa atención y repetirme afectisimo y S. S.,

JUAN ANGEL GOLFARINI.

Véanse las notas al final del folleto.





LA CARTERA

DE

UN MÉDICO CIRUJANO

Cuando ha pasado más de un tercio de siglo sobre hombres y acontecimientos, y los unos y los otros han producido resultados que se vinculan á la historia de la República, hay una especie de deber por parte de los que fueron testigos ó actores en aquellos hechos, en ofrecer á los contemporáneos y á la posteridad el testimonio de su propia acción ó de su observación, á fin de que no se desnaturalicen los sucesos ni se presenten las personas bajo distinta faz de la en que en realidad actuaron.

Se han escrito por propios y extraños muchas páginas, en las que se ha estudiado todo lo que en la guerra del Paraguay se relaciona con los combates y con la política que entonces se libra-

ban y se discutía. Pero en esas páginas falta todo aquello que se refiere á una de las reparticiones sustanciales de los ejércitos, que hoy ocupa puesto eminente en todas las administraciones militares del mundo, y que acaso ha sido descuidada entre nosotros, precisamente porque tiene por misión reparar los estragos de la guerra en vez de producirlos.

En todo lo que se ha escrito con respecto á la guerra del Paraguay, nada hay que pueda decirse que sea el reflejo de la verdad histórica, en cuanto se refiere al servicio de sanidad que acompañó á las fuerzas de las tres naciones aliadas, que derribaron á la última dictadura de estas regiones de América.

Al extraer de nuestra cartera apuntes minuciosos y extensamente detallados, que casi cotidianamente hacíamos, sobre el mismo campo de los sucesos, no tenemos otro propósito, sino el de contribuir con nuestros modestos elementos á la mejor apreciación de los hechos por el futuro historiador que, en día no lejano, tendrá que hacer la narración completa de aquella campaña gigantesca.



I

Nada más difícil que señalar en síntesis las dificultades é inconvenientes que se tocaron para dar forma práctica al cuerpo de sanidad en la guerra del Paraguay.

Los médicos patentados, los farmacéuticos y todo lo que se relaciona con el arte de curar, se negaron á prestar sus servicios, siendo necesario echar mano de un personal desconocido y extraño de la Facultad de Ciencias Médicas.

Podríamos citar nombres propios de médicos distinguidos, quienes prefirieron abandonar sus puestos públicos, antes que prestar sus servicios patrióticos, á la vez que humanitarios, á los servidores en defensa del honor nacional.

En la primer batalla que tuvo lugar el 25 de Mayo de 1865, en la ciudad capital de Corrientes, sólo el doctor Pedro Mallo era médico patentado: los demás que lo acompañaban eran practicantes ó profesores desconocidos de extranjeras universidades.

El primer remedio de organización del cuerpo médico de sanidad militar, tuvo lugar en el campamento del pueblo de la Esquina, en Corrientes, donde fué necesario improvisar los servicios, sin tener siquiera medios de transporte para los enfermos ni heridos, elementos de curación y demás enseres de un cuerpo de sanidad.

Al señor doctor Pedro Mallo lo reemplazó, como jefe del cuerpo de sanidad, el señor doctor Manuel de Biedma, á pocas jornadas de la Esquina, sin duda más práctico en esta clase de servicios, pero que tocaba con dificultades para dar forma á un personal heterogéneo, completamente desconocido, teniendo á la vez que luchar con pretensiones indecibles y también con reclamos vergonzantes y vergonzosos.

En la penosa marcha de la Esquina al Paso de los Libres, el personal sanitario, en lugar de aumentar, disminuyó á tal extremo, que al darse la batalla de Yatay se había reducido al siguiente:

Cirujanos: Dr. Manuel de Biedma y Juan Angel Golfarini.

Farmacéuticos: Cosme Massini y Joaquín Cascaller; flebótomo, N. Ruiz.

Con sólo este personal hubo que transportar

del campamento al pueblo de Libres, atender y curar á unos *cuatrocientos y tantos militares entre heridos y enfermos*, entrando en este número los orientales y algunos brasileros, pues el personal uruguayo era aún más reducido, habiendo sido *asesinado* durante la batalla el doctor cirujano Olazábal por sus propios acompañantes, quedando el cirujano Sr. Lacueva y el practicante Sr. Borda, ambos improvisados con los títulos que les damos, y los cuales correspondían á esta promoción con la mejor voluntad á la vez que con patriotismo.

Recién al tercer día de la batalla llegaron á Libres los cirujanos Lucilo del Castillo, destacado del primer cuerpo de ejército al pueblo de Curuzú Cuatiá con los enfermos, días antes de la batalla; luego el Dr. Pedro Mallo, Dr. Caupolicán Molina, cirujano Ricardo Gutiérrez y algún otro, acompañados de un regular personal sanitario y elementos de transporte y de curación, en general bastante buenos.

Independientemente de los servicios profesionales de los cirujanos, que eran bastante recargados, les estaba encomendada la vigilancia de la alimentación y la higiene de los locales y heridos, dando lugar estas inspecciones á reclamos

justicieros, que no era fácil ni posible atender ni siquiera remediar, por causas que fuera largo enumerar.

No queremos ni debemos, sin embargo, callar una falta grave del proveedor Sr. Díaz, quien fué remiso en ofrecer provisiones á los heridos de aquella batalla, presentándose recién al tercer día de la acción, con algunos centenares de carneros en pésimas condiciones de gordura, lo que contribuyó á aumentar los desarreglos *gastro-intestinales* tan frecuentes, á los cuales no eran ajenos el clima, los fuertes calores de la estación y la mala calidad de las aguas de que hacían uso los enfermos y heridos.

Tampoco queremos dejar de recordar la falta de ayuda y compañerismo de los señores médicos cirujanos brasileros, lo que motivó una comunicación de parte del Sr. Dr. Biedma, protestando en términos cultos, pero enérgicos á la vez que elevados, de aquella falta de atención.

Como es natural, en la cartera del médico cirujano están historiadas diversidad de heridas y estudio de la marcha de las mismas, interesantes por más de un concepto, quedando muchas de esas historias truncas, ya porque el herido ha sido transportado á otro lugar, ó el mismo ciru-

jano pasado á prestar sus servicios á otros puntos donde se consideró más necesaria su asistencia profesional.

También hay narraciones interesantes respecto á serias desaveniencias y disgustos de cierta transcendencia y magnitud, respecto al comando del primer cuerpo de ejército por el señor general Wenceslao Paunero, que era de nacionalidad oriental; diferencias entre los jefes orientales y argentinos y también entre los jefes de la confederación y estado de Buenos Aires, que hubieron de producir *hechos sangrientos*, que la prudencia, el tino y talento militar del general Paunero supo contener, y cuyas diferencias irrespetuosas en un ejército regularmente disciplinado hubieran dado motivo bastante á consejos de guerra, con resultados poco favorables para los promotores de aquellos actos de insubordinación, tanto más censurables, cuanto que tenía al frente el ejército paraguayo invasor en la provincia de Corrientes y á retaguardia al ejército entrerriano que se desbandó en Basualdo y Toledo, produciendo este hecho honda y penosa sensación en el primer cuerpo del ejército argentino.

Los que se han ocupado de historiar aquella guerra, nada han dicho al respecto, y sin em-

bargo, es tal vez, y sin tal vez, el hecho más transcendental y una de las páginas más interesantes de aquella campaña, contribuyendo todas esas diferencias á sellar, por decirlo así, la verdadera unión y confraternidad entre el elemento militar del pueblo argentino.

Hasta en esas diferencias tuvo que intervenir el cuerpo de sanidad militar, aplicando duchas morales á aquellos más exaltados, servicios que algún día y alguna vez se han de reconocer.

II

La asistencia médico-quirúrgica se resintió durante toda aquella campaña, no sólo por lo reducido del personal legalmente habilitado, sino también por la falta de un cuerpo de enfermeros idóneos ó por lo menos adiestrados en esta clase de trabajos.

Referente á la alimentación, cuanto se diga al respecto de su mala calidad y condiciones sería siempre poco, comparado con la realidad.

Faltaba desde el cocinero hasta los elementos más indispensables para llenar las más premiosas necesidades de los enfermos y heridos, complicados éstos en sus tres cuartas partes con las fiebres palúdicas, endémicas en aquellos lugares.

Después de la batalla de Yatay se hizo indispensable dar una nueva organización al cuerpo de sanidad, dejando un plantel al servicio de los hospitales en Libres y el resto para acompañar

al ejército á Uruguaya, donde se habían acantonado las fuerzas paraguayas.

El cirujano Golfarini fué elegido para jefe de los hospitales en Libres, y á su solicitud se le dieron por escrito las instrucciones del caso, figurando entre ellas la de pasar una nota al Sr. Venancio Flores, general en jefe de las fuerzas orientales, haciéndole conocer la imposibilidad de que los heridos y enfermos de sus divisiones, á cargo en aquel entonces de la sanidad argentina, continuara por falta de personal bajo su asistencia y curación. Golfarini, en su doble carácter de cirujano y su filiación política contraria á la del señor general Flores, reclamó con el respeto debido de la cláusula citada, y no siendo atendido su reclamo, se dirigió personalmente en queja á los señores generales Flores y Paunero, quienes le dispensaban su particular amistad.

Oídas las explicaciones, y después de un estudio del estado de los hospitales en Libres y la aglomeración de enfermos y heridos en los mismos, resolvieron que inmediatamente fueran trasladados á Buenos Aires, siendo el cirujano Golfarini el encargado de realizar en breves horas la traslación de los heridos al vapor Uru-

guay, anclado en el puerto, entonces al mando del Sr. Francisco Arteaga.

Esta resolución de los señores generales contrarió los planes del cirujano principal Sr. Cau-policán Molina, dando lugar á que se hiciera bajar á tierra al cirujano Gólfarini, á su arribo á la ciudad de Concordia, ordenándole el señor general Bartolomé Mitre regresase inmediatamente á Libres, donde sus servicios eran reclamados. Esta disposición no fué cumplida debido á una solicitud, muy honrosa para Gólfarini, de parte de los heridos argentinos y orientales que venían en el vapor Uruguay, y á la cual accedió el brigadier Mitre, con felicitaciones, pero ordenando al cirujano su inmediata y pronta vuelta, para asistir á la batalla que debía darse en la ciudad de Uruguayana.

La orden fué cumplida, y de regreso á Concordia siguió á Libres y luego á Uruguayana en calidad de secretario del cirujano mayor señor Hilario Almeida, llegando á Uruguayana en momentos de la rendición de las fuerzas paraguayas al mando del coronel Estigarribia.

Trasladado el ejército de Uruguayana á Libres, con un numeroso séquito de prisioneros paraguayos, flacos, harapientos y, en general, enter-

mos de *gastro-enteritis*, se hacía necesario su envío á un lugar donde fueran debidamente cuidados y atendidos, comisionándose al cirujano Lucilo del Castillo para conducirlos hasta la ciudad de Mercedes, en Corrientes, no proporcionándole, desgraciadamente, los recursos para el buen desempeño de su misión, de lo que resultó infinidad de protestas que fuera largo y por el momento inútil enumerar.

Incorporados los ejércitos de Concordia y de Libres, á la altura de Villanueva, en Corrientes, la superioridad resolvió dividir las fuerzas en 1º y 2º cuerpo al mando respectivo de los señores generales Wenceslao Paunero y Emilio Mitre, designándose á la vez á los cirujanos Caupolicán Molina y J. J. Díaz de Bedoya para jefes de sanidad de los cuerpos de ejército citados.

La organización del cuerpo de sanidad fué considerada lo mejor posible, dado el personal de que se disponía, habiendo sido, sin embargo, causa de una división que hasta hoy dura entre uno y otro ejército, en lo que se relaciona con el cuerpo médico militar de aquella guerra, estando al frente de esas diferencias los señores cirujano mayor Sr. Hilario Almeida, cirujano principal Sr. Caupolicán Molina y Manuel de Bied-

ma, cirujano de ejército; de parte del 1^{er} cuerpo y del 2^o, J. Díaz de Bedoya, cirujano principal, Francisco Soler, cirujano de ejército y Miguel Gallegos, cirujano de división.

Los cirujanos y personal médico-farmacéutico, etc., del 1^{er} cuerpo sostenían y aún reclaman para sí el honor de haber sido los primeros en salir á campaña, haber pasado las grandes miserias en los campamentos, asistido á los combates y haberse sacrificado en todo sentido, honor y gloria que es justo reconocerles, sin que esto pueda aminorar los nobles sacrificios y servicios del cuerpo médico del 2^o cuerpo de ejército.

En marcha ambos ejércitos, al llegar á la altura de Bella Vista se resolvió aligerarlos de todos aquellos elementos que no fueran inmediatamente utilizables para la batalla que se pensaba dar á las fuerzas paraguayas, reconcentradas en la ciudad de Corrientes.

Para conducir los heridos, contusos y enfermos á la ciudad de Bella Vista se comisionó al cirujano Dr. Pedro Mallo, quien á su vez delegó en el cirujano Golfarini, que fué portador de unos *doscientos* y tantos militares en pésimas condiciones de salud, entre ellos el practicante

Bernardino Reparaz, atacado de *fiebre tifoidea*.

También se le entregaron dos notas, una para el receptor de rentas nacionales y otra para el juez de paz, recomendándoles lo habilitasen con algunos recursos pecuniarios, alojamientos y alimentación, lo que fué de todo punto imposible, pues uno y otro carecían de elementos, de lo que resultó que los heridos y enfermos se salvaron merced á la generosidad y caridad de los villavisteros. En esas mismas notas se les recomendaba se remitieran los heridos y enfermos á la ciudad de Corrientes, si ello fuese posible, ó á Buenos Aires si pasase alguna embarcación á vapor.

Quiso la buena fortuna que pasara un buque á vapor mercante, completamente vacío, y con la garantía moral del señor juez de paz y del cirujano Golfarini, se realizó el viaje hasta Buenos Aires, habiendo ordenado el pago de todos los gastos el señor doctor y coronel Marcos Paz, entonces encargado de la presidencia de la república.

El proceder del cirujano Golfarini, aplaudido de propios y extraños en Buenos Aires, fué, sin embargo, causa de prisión, llevándole al campamento de Ensenaditas, sumariándosele por de-

sertor, teniéndosele preso *tres meses* y sentenciado á la *última pena* por el fiscal sargento mayor Díaz, actuando como secretario el sargento mayor, hoy doctor, Juan José Castro.

La batalla dada en el Paso de la Patria el 31 de Enero de 1866, denominada del Pehuajó, motivó el *pedido de gracia* del bravo coronel Miguel Martínez de Hoz y otros jefes, á cuya solicitud accedió el señor general en jefe brigadier Mitre, habiéndose mandado sobreseer en la causa con fecha 2 de Febrero, en cuya orden general se decía: «Artículo 1º Danse las gracias á las matronas y señoritas de la ciudad de Corrientes por los importantes servicios prestados á los valientes heridos en la batalla del Pehuajó; 2º Mándase sobreseer en la causa que se le sigue al cirujano Golfarini, dejando á salvo su buen nombre, reputación y celo en los campos de batalla.» Esta libertad fué debida, en gran parte, al Sr. Carlos Carranza, que en esos momentos hacía de secretario del señor general en jefe, quien conocía perfectamente los errores que se habían cometido al instaurar el injusto proceso en que se había condenado á Golfarini.

En la orden general del 1º de Febrero, se felicita al cirujano Dr. Manuel de Biedma por su

comportamiento y por su valor en el campo de batalla.

Es sabido y conocido de todos los jefes, oficiales y tropa que Biedma y Gólfarini acompañaron á sus respectivas divisiones á la par de los soldados, curando y atendiendo á los heridos en los propios campos de acción.

III

La larga y molesta estadía en el campamento de Ensenaditas, fué motivo de estudio y observación respecto á las obligaciones y deberes del cuerpo de sanidad, tan importante como indispensable en los ejércitos regulares, pudiendo juzgarse del valer y disciplina de un cuerpo militar por su higiene.

Recién en este campamento se le dió cierta intervención al cuerpo médico en el modo de recibir, repartir y conocer la calidad y pureza de las provisiones, los medios más económicos de la alimentación del soldado en campaña, modos y medios de hacer la carneada, estado de la hacienda, de las caballadas y manutención de estas últimas; la buena calidad de las aguas potables, la higiene pública y la privada del soldado; construcción de letrinas y mingitorios, evitándose que los campamentos fueran intransitables y un sin-número de otras medidas de policía sanitaria.

Todo lo expuesto, que es elemental en cualquier cuerpo de ejército regularmente organizado, no fué en ningún tiempo rigurosamente observado y mucho menos cumplido, pues ese conjunto de medidas con la intervención del cuerpo de sanidad, no convenía á los proveedores y unidos á ellos, directa ó indirectamente, á infinidad de otras personas interesadas en los *grandes negocios* de aquella época, que tanto llamaron la atención de propios y extraños.

No de otro modo podrían explicarse las fabulosas fortunas de proveedores conocidos en la sociedad bonaerense é individualidades de varias reparticiones, cuyo conjunto combatió con éxito la obligada y moralizadora intervención del cuerpo de sanidad.

Los vivanderos fué otra plaga que no dejó de ser un incentivo á negocios de dudosa honestidad.

Durante la permanencia del ejército en Ensenaditas, donde diariamente había escaramuzas de mayor ó menor importancia, con pérdidas de vida, ó heridos, se desarrollaron varias enfermedades, complicadas casi todas con el *paludismo*, endémico, como ya hemos dicho, en aquellos lugares.

Además de todos estos males propios de los

campamentos y especialmente de los nuestros, donde, doloroso es decirlo, nunca se observaba una buena higiene, fuimos invadidos por una plaga de moscas que no permitían comer ni beber, teniéndose que esperar, para hacerlo, la noche en que eran reemplazadas por los mosquitos, los tábanos y no pocos *piques*, que hacían sus estragos, particularmente en los desaseados.

Después de algunos días de la batalla del Pehuajó, el 31 de Enero, se cambió de campamento, llevando las tropas al Paso de la Patria, lugar hermoso y donde el soldado disfrutaba á la vez que de un bello panorama, de la alegría y satisfacción de ver alejado del territorio de la patria al enemigo extranjero.

Fué en este campamento donde los respectivos cuerpos de ejército se organizaron por divisiones y se les dió la colocación posible á los médicos cirujanos con el personal secundario que la escasez de elementos lo permitía, y también un cuerpo de enfermeros con mochilas-botiquines, camillas y variedad de vehículos, en general inservibles para los objetos á que habían sido destinados.

Recién cuando se hizo el pasaje del Paso de la Patria á Itapirú, nos dimos cuenta del *fantasma*

ridículo que había detenido por tanto tiempo al ejército aliado, en los citados campamentos.

El pasaje fué, más que una acción de guerra, un paseo militar, y se continuó este paseo hasta el pueblo de Federación, quemado por los paraguayos y que pudimos contemplar en ruinas.

En este campamento sufrió mucho el ejército aliado debido al clima, á la estación calurosa y también á la falta de víveres frescos, pues la carne que fué en todo tiempo el principal, por no decir el único alimento de preferencia de nuestros soldados, llegaba en tal estado de *descomposición* que se tenía que tirar ó enterrar, debido á que la carne se traía del Paso de la Patria, donde se hacía la carneada y luego era conducida con retardo al campamento, en malas embarcaciones, al rayo del sol y sin ninguna precaución para evitar su infección.

En este estado de condiciones, se produjo la sorpresa del 2 de mayo, en la cual tanto sufrió la división oriental, la que no disponía en esos momentos de otro personal sanitario que de un señor de apellido Caballero, cuya buena voluntad y patriotismo, que nos complacemos en reconocer, estaba muy lejos de poder satisfacer las más premiosas necesidades de aquella división, á lo

que debemos agregar que su competencia médica-quirúrgica dejaba mucho que desear.

Para dar una idea ligera de lo que pasaba en la división oriental después del citado hecho de armas, nos bastará recordar el siguiente:

Serían próximamente las 11 p. m. del 2 de Mayo cuando el ayudante mayor del señor general Flores, señor Coronel Albín, se presentó al hospital central del ejército argentino solicitando á nombre del señor general de la división uruguaya uno ó más cirujanos para curar y atender á los pobres heridos de ese día.

El señor Dr. Caupolicán Molina disculpó su negativa á prestar inmediatamente ese servicio, por ir en esos momentos recién á comer el cuerpo de sanidad, y esto mismo por obsequio del Sr. Ataliva Roca.

El cirujano Gelfarini, con los respetos debidos en estos casos, solicitó el honor de acompañar al coronel Albín, solicitud que fué concedida con aplauso, no sin antes recordar al cirujano, que era muy afecto á los dulces, que en el pequeño banquete que iba á darles el Sr. Roca figuraba el dulce de leche.

Como el anterior episodio podríamos referir algunos, si bien los señores médicos brasileños

dispensaron después de esa sorpresa muchos y valiosos servicios á la división á cargo del señor general Flores, que se componía, como se sabe, de orientales, argentinos y brasileños, y la misma que diariamente se batía, pudiendo decirse que fué la que más luchó en aquella memorable campaña.

No queremos dejar de recordar que los batallones que entraron en acción, del ejército argentino, acamparon á pocas cuadras del Estero Bellaco, hasta donde llegó la persecución de las tropas paraguayas que hicieron la *sorpresa*, teniéndose que levantar el campamento por el ataque que le llevaron de nuevo las tropas paraguayas por la noche, lo que motivó una constante *filipica* por parte del señor brigadier Mitre á los jefes que tan sin previsión habían elegido el citado campamento.

También recordamos que estando formado en columna el 6 de línea en una de las márgenes del Estero Bellaco, recibió por primera vez en aquella campaña una bala de cañón que entrando por el centro de la 1^a compañía salió por la última, matando ó hiriendo tres ó más soldados por compañía. También fué motivo de crítica la formación, en ese día, del bravo batallón citado.

Y para finalizar este ya largo artículo, llamamos la atención de que fué igualmente causa de serias críticas el no haber continuado la persecución de las tropas paraguayas, pasando el Estero Bellaco, como lo hizo con sus tropas el señor general Pallejas, dándose por pretexto no ser vadeable por ese lugar dicho estero, que lo fué, sin embargo, á los pocos días y por diferentes puntos, hasta llegar al campamento de Tuyutí donde tuvieron lugar los combates más importantes y sangrientos de la guerra del Paraguay.

IV

El campamento de Tuyutí fué el más confortable de los habidos en aquella campaña.

Nada faltaba para los que disponían de recursos pecuniarios, pero sí faltaba para nosotros, que diariamente hacíamos estos apuntes, estudiando la marcha del ejército y particularmente del primer cuerpo al cual pertenecíamos, y al que conservamos aún, á pesar del largo plazo transcurrido, nuestras mayores afecciones, recordándolo siempre con respetuoso cariño.

No citaremos uno á uno los combates y variados hechos que allí tuvieron lugar, porque su larga enumeración nos llevaría á no dar término á estos artículos, dándoles proporciones que están muy lejos del objeto que nos hemos propuesto, al arrancar de nuestra cartera de apuntes estas páginas.

Las privaciones que había pasado el ejército, tuvieron una tregua en este campamento, tenién-

dose los elementos necesarios y hasta disponiendo de tiempo bastante para que los cuerpos elaborasen pan, siendo el primero entre ellos el *3 de oro* mandado por el bravo coronel Mateo Martínez, quien conociendo nuestra pobreza franciscana nos hizo su cliente á pagar en tres plazos: *tarde, mal y nunca*; á este cuerpo pertenecían Manuel Rocha, los Segovia, los Massini y tantos otros queridos compañeros cuyo recuerdo estará siempre vivo en el corazón del cirujano de la segunda división del primer cuerpo, como lo está entre sus compatriotas y compañeros de aquella epopeya.

Desfilan á nuestros recuerdos los nombres de los Nicolorich, los Campos, los Fraga, los Romero, los Levalle, los Uriburu, los Arias, los Roca, los Suthon, los Macdhonal y tantos otros de aquella pléyade de valientes, quienes, unos han rendido sus vidas en el diario batallar, y otros son hoy la esperanza y gloria de la patria que los vió nacer.

Los muchos combates que tuvieron lugar en este campamento, no se pueden sintetizar, porque cada uno de ellos encierra un recuerdo, una página llena de abnegación y de heroísmo, y todos ellos se eslabonan como los anillos de una cade-

na, que no se pueden separar sin romperle su orden cronológico y la unidad del conjunto.

Fué en este campamento donde tuvo lugar el cambio de látigos entre el brigadier Bartolomé Mitre y el mariscal Solano López, al que debió seguir la paz, con lo cual se hubiera evitado el derrumbe de una nación hermana, como lo era y es el Paraguay.

A pesar de nuestra afirmación de que no es posible tratar un hecho aislado de armas, cuando todos reunidos constituyen un todo, una unidad, no podemos menos que dedicar un recuerdo á la sangrienta batalla del 24 de Mayo de 1866, en que combatieron de parte á parte más de *setenta mil soldados*, quedando, entre muertos y heridos, más de *diez mil milicianos*.

Para nosotros, actores y testigos presenciales de aquel memorable hecho de armas, los batallones 4º y 6º de línea fueron los héroes sobresalientes de aquella jornada, saliendo á pelear al enemigo fuera de las trincheras, defendiendo el único paso que había al frente del Estero Bellaco, en el lugar que ocupaba la 1ª y 2ª división del 1º cuerpo del ejército argentino sin ceder al empuje salvaje de las beodas como valientes huesos paraguayas, cuyo arrojo y valor es para

nosotros, como para todo el mundo, motivo de admiración y de respeto.

Los citados batallones tuvieron que formar cuadro y economizar la munición mientras llegaban las demás divisiones del primer cuerpo en su protección.

Fué al llegar las divisiones del ejército en su ayuda que vimos caer al bravo coronel Matías Rivero, herido de bala en el costado izquierdo y muerto instantáneamente, y al sargento mayor Basavilbaso, en momentos en que el 1º de línea hacía fuego sobre la margen del Estero Bellaco; allí curamos al *doble patria* general Wenceslao Paunero, como lo llamó el brigadier Bartolomé Mitre sobre el campo de batalla, conservando, entre las muchas curiosidades de aquella campaña, el pañuelo de seda, de color encarnado, que le sirvió en los primeros momentos para contener la hemorragia de la herida de bala que recibió en la oreja; allí curamos al entonces capitán, hoy general Liborio Bernal, herido de bala en la región del corazón, con tanta suerte, que el proyectil siguió una dirección de abajo á arriba y de izquierda á derecha, interesando la piel, los músculos y pleura intercostal, pudiendo recién extraerse el proyectil después de dos años de

serios sufrimientos; allí sobre el campo se curaron todos los heridos, recordando entre otros muchos al subteniente del 6 de línea B. Calssen, el oficial pundonoroso, instruído y valiente, herido de bala en el cuello y quien al caer dió un ¡viva la patria!

Conviene dejar constancia que los cirujanos que asistían á los combates á la par de los soldados, continuaban su caritativa misión en los hospitales, sin tregua y sin descanso.

El cirujano de la segunda división tenía por costumbre avisar en alta voz, al entrar á cumplir con sus obligaciones y deberes, en las carpas ó salas del hospital, «que él curaba á los generales como soldados y á éstos como generales».

No nos fuera fácil calcular el número de heridos con relación á los muertos; pero como en este combate la lucha se hizo en toda la línea de las fuerzas aliadas, y en muchos puntos cuerpo á cuerpo, no creemos exagerado afirmar que los muertos superaron á los heridos.

Con el deliberado propósito de tomar medidas prácticas para conducir los heridos hasta Corrientes, en las condiciones mejores posible, allí donde faltaban los medios y elementos de trans-

porte, se acordó que ningún herido podía ser trasladado al puerto, sin una orden particular de la superioridad.

A pesar de la acertada disposición anterior, el cirujano Golfarini, muy amigo del hoy general Bernal, ordenó á su querido farmacéutico Cosme Massini, que aprontase los camilleros de la segunda división y enviase al puerto de Itapirú á Bernal, hecho que se realizó, después de una consulta de médicos y haber sido lo mejor posible atendido y curado, y cuya gravedad todos reconocían. Relatamos este hecho como pudieramos hacerlo con muchos casos, para poner de manifiesto la estrecha vinculación que había entre los militares y el cuerpo de sanidad.

En esta sangrienta batalla tuvimos ocasión de apreciar la actividad, valor colectivo y también comunicativo del entonces coronel Ignacio Rivas, á quien se le veía en todas partes, ordenando todo lo que se podía para ayudar y proteger las tropas, en aquellos puntos en que el ataque era más recio; allí vimos al hoy general José M. Arredondo, dentro del cuadro del 6 de línea, valiente y silencioso en medio del *fuego infernal* que arrebataba vidas preciosas, mientras que el entonces sargento mayor Luis María

Campos, jefe interino del 6 de línea, hoy uno de los generales más distinguido del ejército, se multiplicaba para que sus soldados se batiessen en orden, no descuidando ningún detalle y todo lo que era menester en aquella lucha gigantesca.

A la cuadra del batallón 6 de línea estaba el 4 de línea, con el que formaba brigada, mandado por Fraga y F. Romero, dos bravos entre los bravos de aquella pléyade de valientes.

El batallón 4 de línea estaba sobre el paso del Estero Bellaco y era tal el ímpetu y tan continuadas las cargas de las caballerías paraguayas, que en una de ellas un lancero hubo de herir á Fraga, en cuyo momento lo derribó de un balazo Romero, uno de los jefes más arrojados en aquella guerra, como era también uno de los que dentro y fuera de los campamentos cuidaba de la elegancia y bien vestir del militar. Cada uno de estos jefes merecería una página especial, y en particular Romero, muerto gloriosamente en la batalla de Lomas Valentinas, debido á su arrojo y valor temerario.

Nosotros fuimos encargados de recorrer la línea y de averiguar si entre los muertos había mujeres, pues así se afirmaba, y aun se dice haberlas visto muchos de los que concurrieron á aquel episo-

dio sangriento. Podemos asegurar que á pesar de nuestros prolíjos reconocimientos é informaciones, ningún cadáver de mujer encontramos.

La inspección anterior nos permitió observar que los ejércitos argentino y oriental enterraron sus muertos y los brasileros enterraron una parte y *cremaron* otra.

Para nosotros, médicos, la *cremación* tiene gran importancia para la higiene, pero será conveniente tomar precauciones respecto de ciertas individualidades, por el sinnúmero de cuestiones médico-legales que se pueden suscitar y que se suscitan, tal vez menos en las guerras que en los centros de población, por los crímenes que se cometen, hechos que diariamente tenemos ocasión de comprobar y que son objeto de observación y de estudio de parte de nuestros jueces y médicos legistas.

La sanidad militar debe preocuparse de la solución de este importante problema, que tantos intereses reviste con relación á la higiene de los ejércitos.

* * *

La gran batalla del 24 de Mayo, en Tuyutí, fué una severa lección para el ejército aliado y

también para aquellos que no estudian, y llevados de un amor propio incomprensible, desprecian á los contrarios, sin tener presente el adagio, siempre aplicable en la guerra: «No hay enemigo pequeño.»

El ejército se preparaba en esa fecha á practicar un reconocimiento á las trincheras paraguayas, á cuyo efecto se habían tomado las medidas y precauciones del caso, ordenándose á los cirujanos una inspección general de los respectivos cuerpos á que pertenecían, debiendo remitir al hospital central todo soldado que, á su juicio, no estuviese en condiciones de marchar, pues era más que posible que el reconocimiento proyectado diera lugar á un hecho de armas de cierta importancia.

Los pápeles se cambiaron y fueron los paraguayos los que trajeron el ataque, casi por *sorpresa* y en momentos en que los cuerpos habían desprendido grupos, en busca de las provisiones, carne, leña, agua etc., y, por cuyo motivo se encontraban sin el personal completo de pelea.

La *sorpresa* fué tan rápida y violenta, que faltó en el primer momento la dirección superior, y cada jefe tomó la que, á su juicio, las circunstancias le aconsejaban.

Este hecho puso de manifiesto el espionaje y las buenas informaciones del ejército paraguayo, muy superior por cierto á las que tenían los ejércitos aliados, á pesar de ser éstos más fuertes, más instruidos, más competentes y disponer de material de guerra más moderno.

No de otra manera podría explicarse la salida del batallón 3 de línea hacia el frente del Estero Bellaco, sin ninguna protección, dando por resultado ese acto de *valor imprudente* á que ese cuerpo fuera *envuelto* por un regimiento de caballería que traía infantería enancada, muriendo entre otros muchos su valiente jefe, teniente coronel Lindolfo Pagola, ultimado á hachazos en el momento de contener á sus soldados.

El cirujano de la 1^a división Dr., Manuel Biedma, de que formaba parte el batallón 3 de línea, el hoy general Leyría, el hoy teniente coronel Rafael Bosch, el teniente, hoy doctor, Bartolomé Novaro, salvaron sus vidas merced á su serenidad y valor reflexivo, como todos los demás, puñado de valientes con quienes pudo reorganizarse el bravo 3 de línea, llamado por el general Rivas «batallón de pelea».

Este desgraciado suceso dió lugar á un cambio de notas, cuyo fondo, elevado á la vez que

enérgico de parte de los jefes respectivos del 4 y 6 de línea, reclamaban de la superioridad la verdad de aquel hecho de armas; cambio de notas que no satisfizo á los jefes citados y que fué causa de serios resentimientos y también del servicio disciplinario, por cierto bien impropio tratándose de ejércitos regulares.

Deberes de patriotismo nos obligan á silenciar un sinnúmero de incidentes y hechos á que el parte de la batalla del 24 de Mayo dió lugar, y que otros más autorizados que nosotros podrán narrar, en nuestra opinión con verdadero interés para el ejército argentino.

En esa batalla y dentro del cuadro del 6 de línea, fué herido de tres balazos el caballo del cirujano de la segunda división, de cuyas resultas murió el noble animal que tan útiles como importantes servicios prestó. Fué una verdadera adquisición encontrar otro, el cual también murió cuando cabalgaba en él el teniente coronel Alejandro Díaz, conocido por el jefe de Saint Cyr, por haber hecho sus estudios en aquella importante escuela militar francesa, quien rindió su vida en la batalla de Curupaytí y cuya muerte prematura será siempre sentida, pues era una esperanza y fué una deplorable

pérdida para las glorias militares de su patria.

Hemos dicho que el campamento de Tuyutí fué el mejor de todos, y si bien se acumularon elementos de curación y también de transportes de heridos, no mejoraron las condiciones de los cirujanos de cuerpo y de división que acompañaban á la par de los soldados á los batallones que diariamente entraban en acción.

Los lechos de los hospitales para enfermos y heridos eran casi primitivos, con raras excepciones, siendo difícil hacer buenas curaciones en la posición que tenía que guardar el médico cirujano, arrodillado ó en otra postura siempre molesta y que causaba fuertes dolores en la columna vertebral.

En estas condiciones era casi imposible hacer curaciones prolíjas, cuidando de la buena higiene de las heridas, tomando todas aquellas medidas y precauciones de práctica en estos casos.

No se conocía entonces todo el valor de la *asepsia* y de la *antisepsia* en la curación de las heridas y de las operaciones, pero se sabía lo bastante para cuidar del aseo y de la higiene en cuanto era posible en un campamento.

La falta de elementos en todo sentido, permitió, más de una vez, que heridas relativamente in-

significantes se agravaran, complicándolas al extremo de tenerse que amputar un miembro útil.

Felizmente, se remitían tan pronto como se podía, á Corrientes ó Buenos Aires, los heridos y enfermos de larga duración, en cuyos puntos eran perfectamente cuidados y atendidos.

Fué en el campamento de Tuyutí y después de la gran batalla citada, que hubo necesidad de amputarle las dos piernas al soldado paraguayo Manuel Rodríguez.

La doble operación fué realizada por el doctor Caupolicán Molina y el cirujano Gofarini, practicándola el Dr. Molina á dos colgajos, uno superior y otro inferior, en el tercio medio del muslo derecho, y Gofarini casi á la misma altura y por el método circular, en el muslo izquierdo.

Transportado este amputado á la ciudad de Corrientes, tuvimos ocasión de verle pocos meses después perfectamente curado y haciendo uso de sus manos y de los glúteos, cubiertos de aparatos apropiados; se movía en todas direcciones, bastándose al cumplimiento de todas sus necesidades materiales.

Fué en el Hospital de la "Merced" de Corrientes donde tuvimos el honor de conocer á los

distinguidos médicos españoles, que expulsados de la república chilena, en aquella época, ofrecieron y fueron aceptados sus servicios en los hospitales y también en el ejército.

Entre las grandes operaciones que aquellos distinguidos colegas practicaron, se cuenta la *desarticulación coxo-femoral*, seguida de éxito, operación que, según una correspondencia del distinguido Dr. Angel Gallardo, fechada en París en el año de 1870, sólo contaba con un suceso en el Hotel Dieu, á pesar de su larga existencia.

En la epidemia colérica que asoló á la república y á los ejércitos aliados y paraguayos en 1867, los señores médicos españoles, no sólo cumplieron con su deber, sino que hicieron estadística de los enfermos que cuidaron, remitiéndonos gran número de esos cuadros estadísticos, acompañados de notas explicativas y correspondencias, que publicamos en la Revista Médico-Quirúrgica, de la cual fuimos redactores, ó colaboradores, durante años.

Cuando la Sanidad Militar organice debidamente los servicios militares, la estadística de las enfermedades, de las heridas, etc., será objeto de preferente atención y fuente de observación y de estudio.

En la guerra del Paraguay los médicos cirujanos de ambos cuerpos de ejército hicieron prodigios de abnegación y de patriotismo, recibiendo por recompensa el olvido completo por parte del gobierno.

V

Bien merece ocupar un lugar en nuestra reseña, por cierto muy sintetizada de aquellos sucesos, la sangrienta batalla denominada del Boquerón, la que tuvo lugar del 16 al 18 de Julio del año 1866.

Fué un episodio, por más de un concepto, interesante, en aquella memorable campaña, y que será objeto de un detenido estudio de parte del historiador de aquella guerra.

Coincidio esta batalla con el cambio del brigadier Osorio por el mariscal Polidoro, en el comando de las fuerzas brasileras.

Alguien pensó que fué el saludó militar al nuevo jefe, pues el combate se inició sólo por las fuerzas brasileras el 16 de Julio y fué continuado sin tregua ni descanso hasta el 18 por la tarde.

El día 17 como á las 10 a. m., recibió orden la segunda división del primer cuerpo de ejército

argentino de estar pronta á marchar y en condiciones de entrar inmediatamente en pelea.

En cumplimiento del mandato, pasaron los cuatro batallones que componían la citada segunda división, echados los militares sobre sus mantas y con el arma al brazo, etc.

Desde nuestros puestos veíamos perfectamente el fuego que de parte á parte se hacían en las noches del 16 y 17, siendo comparable los efectos ópticos con los hermosos fuegos de artificio que se queman durante las fiestas patrias en nuestras plazas públicas.

El cuadro que se presentaba al observador no podía ser más tocante y aterrador, pues en aquella lucha que sólo sembraba la desolación y la muerte, no faltaban los cañones, la fusilería y los cohetes á la congreve, cuyo estampido en el aire era igual al de nuestros cohetes llamados voladores, produciendo más ruido que daño, pero de gran efecto, sobre todo por las noches.

Este suceso nos permitió, acompañados de otros jefes del ejército argentino, la feliz ocasión de observar y ver cómo peleaban las fuerzas brasileras.

No son briosos los brasileros en el empuje ni

en el avance, pero luchan á pie firme como la mejor de nuestras tropas veteranas.

Cada herido, enfermo ó rezagado era objeto de particular atención de sus camaradas, quienes los acompañaban á lugar seguro, volviendo luego á las filas donde se combatía.

El monte que se interponía entre el Boquerón y las trincheras brasileras estaba destrozado, completamente deshecho en ciertos lugares, y los árboles y el suelo cubierto de variedad de proyectiles y objetos diversos, pertenecientes á uno y otro bando.

Los combates del 16 al 17 nada habían resuelto á favor ó en contra de los brasileros ó paraguayos, entrando recién á la acción en la mañana del 18, parte de la división oriental y los batallones *3 de oro* y *2º de línea* del *2º cuerpo* del ejército argentino, mandados respectivamente por Mateo Martínez y Adolfo Orma.

Los citados batallones *2 de línea* y *3 de Oro* con una parte de la división oriental al mando del general Pallejas, llevaron un violento y brioso ataque á las fuerzas paraguayas, arrollándolas hasta sus trincheras y llegando hasta clavar sobre ellas, las banderas del ejército argentino.

Desgraciadamente, el resultado final de tanto

valor no fué otro que la pérdida de muchas vidas preciosas y algunos centenares de heridos.

En esa fecha, 18 de Julio de 1866, combatió heroicamente el general Cesáreo Domínguez y rindió la vida el señor general Pallejas, cuya pérdida fué causa de duelo general entre las tropas aliadas.

Muerto el general Pallejas, el batallón oriental *24 de Abril* á las inmediatas órdenes de su jefe teniente coronel Enrique Pereda, quien, *en medio del fuego mortífero, mandó echar armas á la funerala y desfilar por delante del cadáver de su general.* Este hecho es para nosotros el más digno, el más tocante y la prueba mejor del valor del soldado uruguayo.

En ese día fué herido de bala, en una mano, el bravo y valiente entonces sargento mayor Teófilo Rex Ivanowski, á quien en momentos que lo curábamos en el hospital central del primer cuerpo, se le presentó un ayudante del señor mariscal Polidoro, á cuyo nombre venía á felicitar al jefe Ivanowski por su conducta heroica en la acción de ese día. Éste, después de agradecer tan señalada distinción, le manifestó que la aceptaba no á nombre propio, sino á la de sus dignos compañeros, agregando, en

medio de aplausos de los que allí estábamos reunidos, que era otra cosa lo que él necesitaba en aquellos momentos de angustia y de dolor: no las felicitaciones; sino los medios para abbreviar la curación de su herida y pronta vuelta al campo del deber.

Estas generosas manifestaciones tan aplaudidas por nosotros tuvieron, sin embargo, su explicación la misma noche del 18 de Julio.

Ivanowski fué alojado en una mala carreta, sin toldo y sin abrigo, y la lluvia de esa noche y el cambio de temperatura hubo de ser causa de serias complicaciones en la herida, al extremo de pensarse en la amputación de la mano.

A solicitud del teniente del 4 de línea, hoy general Nicolás Palacios, encontrándonos en el Mangrullo levantado á retaguardia de la 2^a división del 2^o cuerpo del ejército argentino, pasamos á curar á su señor padre, herido en los testículos, de bala, con tanta suerte que los había dividido y la herida, más que producida por arma de fuego, parecía hecha con instrumento filoso y cortante. La sutura é higiene de la misma, dió por resultado su curación, felizmente sin ninguna complicación.

Después de atender á varios soldados y en

momentos de tomar descanso, se presentó á nuestra vista un joven oficial conducido por dos milicos del 2 de línea, quien venía montado en un caballo de color indefinido, flaco, peludo y que apenas podía andar con su valiosa carga humana.

A pesar de las llamadas afectuosas que nos hacia por medio de señas el herido, nos resistíamos á abandonar nuestro momento de descanso; pero el nombre dado por uno de los milicos acompañantes de que era Julio Dantas el herido, hizo que *voláramos* en su auxilio.

Dantas había recibido una herida de bala, en momentos de llevar la bandera del 2 de línea en el Boquerón, cuyo proyectil entrando por la ventana izquierda de la nariz, fracturando el maxilar superior de ese lado, había seguido una dirección de arriba abajo y de izquierda á derecha, saliendo el proyectil hacia la parte media del maxilar inferior del lado derecho, fracturando este hueso en varios pedazos (fractura comminuta) y llevando por delante dientes, muelas, tejidos blandos y rozando ligeramente la lengua.

La herida no podía ser más grave ni más difícil su curación, por cuya razón solicitamos el

contingente de otros cirujanos, que sin amor propio, reconocíamos ser más competentes que nosotros y también porque se trataba de un amigo querido. Debido al gran trabajo de los demás compañeros, nuestra solicitud no pudo ser atendida, obligándonos á proceder á desarticular la parte superior derecha del maxilar inferior, difícil operación en cualquier momento y mucho más con principio de inflamación y grandes dolores después de varias horas pasadas de la herida; luego la resección de la par'e media del maxilar citado; extracción de la esquirla del maxilar superior, dientes y muelas, debiendo dejar constancia que el paciente nos animaba en nuestra laboriosa operación, tragando á sorbos un poco de *vino carlón*, mezclado con su propia sangre.

El hoy coronel Julio Dantas está vivo y sano, es un hombre útil y un cumplido caballero, ocupando el señalado puesto de honor y de sacrificio, como presidente del partido autonomista nacional en la ciudad de La Plata y diputado nacional por la provincia de Buenos Aires.

El que esto escribe reclama á título de recompensa, siempre que encuentra al señor coronel Dantas, la blusa que usaba ese día, la cual tiene

un corte de tijera en la manga derecha dada por nosotros, antes de empezar la curación, corte que no continuó, debido al reclamo del paciente, quien manifestó no tener otra mejor en aquellos momentos.

Estos detalles, al parecer insignificantes, no lo son, sin embargo, á nuestro juicio, porque ponen de manifiesto el interés, la labor y también los recuerdos que conservan los cirujanos que hicieron, aquella campaña.

Las heridas de Adolfo Orma, Francisco Borges, Santiago Moritán, M. Massini, Esteban García, el hoy Ministro de la Guerra teniente general Nicolás Levalle, y tantos otros, merecerían una descripción especial, pero esto nos llevaría muy lejos, dados los límites estrechos de estos artículos, que son más bien una crónica ligera de los apuntes de nuestra cartera.

El coronel oriental, hoy general, Fortunato Flores, tuvo en el acto que reseñamos una participación sumamente significativa, para que no lo recordemos, pues fué él quien condujo las tropas hasta las trincheras del Boquerón, y quien las volvió, usando de gran estrategia, á los puestos de avanzadas que ocupaban los ejércitos aliados.

Justos apreciadores del valor del general, Flores, en aquel hecho de armas y contrarios nosotros en la política militante oriental, nuestro reconocimiento tiene el mérito, por lo menos, de la imparcialidad.

Para completar el cuadro de nuestros apuntes de cartera en lo que se relaciona con el campamento en Tuyutí, tendríamos que transcribir el hermoso artículo de *Tribuna*, redactado por el distinguido, erudito escritor y vicepresidente de la Corte Federal de Justicia Nacional Dr. Luis V. Varela, sobre la batalla del Boquerón, el que formuló con los datos que le facilitamos de nuestros apuntes (3).

También tendríamos que transcribir el perfil, que redactamos sobre Pedro Nicolorich, publicado en las páginas 30 á 32 del primer tomo del *Album de la guerra del Paraguay*.

No obstante, debemos decir algo respecto á la *acusación concreta* que hizo á ciertos jefes del primer cuerpo del ejército argentino, por *robos, malversación de fondos ó tolerancia censurable*, de parte de encumbrados personajes, el nunca bien sentido capitán de la compañía de granaderos del batallón santafecino. Pedro Nicolorich, uno de los jóvenes más distinguidos de la socie-

dad santafecina, escritor de alto vuelo, con una preparación poco común, literaria á la vez que científica; de palabra fácil, decir elegante y con un amor entrañable por las glorias de la patria que lo vió nacer.

Amigos íntimos del capitán Nicolorich, á quien debíamos la defensa de la injusta prisión que sufrimos en Ensenaditas, motivada por alguno de los encumbrados jefes, en aquella campaña fuimos depositarios de algunas de las pruebas de su concreta y viril acusación, dando ella lugar al *suicidio del segundo jefe de su cuerpo*.

Posteriormente hemos tenido en nuestras manos cartas y documentos que facilitaban la prueba de la *denuncia* del bravo capitán, á quien se le ofrecieron puestos y honores en cambio del desistimiento en la acusación interpuesta, moralizadora en el fondo, viril y enérgica en la forma.

Parte de esos documentos y cartas se encuentran en nuestro poder y otros documentos y cartas guardadas por su hermano, el señor Leonardo Nicolorich, residente hoy en la ciudad del Rosario de Santa Fe, quien las puso á nuestra disposición, no siendo posible publicar algunos de ellos, por oposición de la dirección del *Álbum*

de la Guerra del Paraguay, motivando esta negativa un cambio de cartas entre el Sr. Soto y nosotros, pensando aquél que debía hacerse historia y no política, tratándose de los recuerdos de la triple alianza contra el Paraguay.

Pensamos hoy como ayer.

La historia no es otra cosa que la reseña de los hechos acaecidos, redactados con verdad, al través del tiempo y del espacio, sirviendo ellos de ejemplo á la vez que de enseñanza á las generaciones venideras.

La acusación valiente de Nicolorich le costó la separación de su batallón y prisión en la legión militar, mandada por el muy distinguido teniente coronel Charlone, no recordando en los momentos de escribir el nombre del fiscal *ad hoc* que se le nombró para sumariarle, pero sí del secretario, que lo fué el querido como inteligente ayudante mayor del 6 de línea, Nabor Córdoba, muerto en las trincheras de Curupaytí y cuya prematura pérdida, fué debidamente sentida en el ejército argentino.

A pesar de la orden verbal que recibió el señor teniente coronel Charlone, de dejar en Tuyutí preso á Nicolorich, nosotros nos empeñamos para que lo llevara consigo á Curuzú,

accediendo á nuestra interesada solicitud, no sólo por la sincera amistad que nos dispensábamos, sino porque tambien, el citado jefe, creía debernos la vida de su hijo, en viaje de Buenos Aires al campamento de Ensenaditas, acompañado de su señora esposa.

Nombrado Nicolorich su ayudante en el asalto de Curupaytí, ambos fueron heridos y ambos rindieron su vida en la ciudad de Corrientes por causa de las mismas y descuidos bien censurable de parte de los médicos operadores.

La muerte de Nicolorich dejó también sepultado en el *olvido* su concreta y, en nuestra opinión, justiciera acusación, que nosotros recogemos, siquiera sea como recuerdo á las virtudes cívicas y militares de nuestro querido é inolvidable amigo Pedro Nicolorich, también amigo íntimo del *manco* sargento mayor Martín Viñales, teniente coronel Benjamín Sastre y coronel Rosario Suárez, quienes, como oficiales en aquel entonces del batallón santafecino, abonarán satisfechos y contentos, estos recuerdos, hijos de un buen deseo y desnudos de toda pretensión ridícula (4).

VI

A últimos de la quincena del mes de agosto, empezó á correr la buena nueva que abandonaríamos el campamento de Tuyutí, cuya larga estadía ya nos era molesta, y mucho más para nosotros que deseábamos regresar á Buenos Aires para terminar los estudios de nuestra carrera profesional.

La noticia tuvo principio de ejecución en los primeros días del mes de septiembre del 66, embarcándose la 2^a división del primer cuerpo, después de una penosa marcha hasta el río, en una nave á vapor, perteneciente á la escuadra brasilera.

Para nosotros, aquella marcha á pie nos fué bastante molesta, agravándose la enfermedad de *gastro enteritis* que desde días atrás veníamos sufriendo.

Por otra parte, el nuevo campamento Curuzú estaba situado sobre el río, en un paraje bajo y

recientemente inundado, convertido en lodazal y con aguas estancadas, formando lagunas, en las cuales existían variedad de peces, cuya adquisición nos disputábamos, deseosos de aquel alimento por tanto tiempo en desuso para nosotros.

Adquirimos uno de esos peces, que nuestro cocinero improvisado, condimentó del mejor modo posible y en relación con sus conocimientos en el arte culinario.

No sabríamos decir si el abuso de ese alimento, la mala calidad del agua potable, el viaje, el calor ó todo reunido, contribuyó á agravar la enfermedad á tal punto que se consideró obligada nuestra traslación inmediata á la ciudad de Corrientes, la que se efectuó el día 21 por la tarde, víspera del asalto á las trincheras de Curupaytí.

A pesar del delicado estado de salud, continuamos trabajando hasta la fecha de nuestra partida, como cirujanos de la división, figurando entre nuestros recuerdos la *amputación de un dedo* al pundonoroso teniente Celedonio Segundo Roca, del 6 de línea, deshecho y casi troncado por un golpe de sable, *en duelo* con el entonces ayudante Justo Aguilar, del mismo cuerpo.

Pocas horas después de aquella obligada operación se presentó á nuestra carpa Julio Argentino Roca, entonces sargento mayor, hoy brigadier general, actualmente candidato para presidente de la República Argentina y con muchos títulos honrosos que fuera largo enumerar, para interrogarnos sobre el estado de su hermano, posible resultado de la operación practicada y causas del *duelo efectuado*, mostrándose sumamente conmovido por el hecho.

El movimiento de las tropas era activísimo en aquel campamento.

Pequeñas y grandes embarcaciones llegaban cargadas de escaleras de asalto, pequeños puentes y atados de madera liviana, confeccionados por los soldados en el Chaco de enfrente á Curuzú, cargas que debían transportar los soldados en el momento de ataque á las trincheras de Curupaytí, debiendo agregar que nuestras alegrías y contentamientos no tenían límites, pues se nos había hecho comprender que aquella sería la última jornada difícil, para coronar de éxito la guerra.

No sin pena, sinceramente lo decimos, abandonamos á nuestros amigos, pues todos nos merecíamos ese título en el primer cuerpo del

ejército argentino, siendo acompañados desde nuestra carpa al puerto y luego al vapor por Gaspar y Luis María Campos, el querido farmacéutico Cosme Massini y compañeros del cuerpo de sanidad.

Aún estamos por saber en qué vapor hicimos el viaje hasta Corrientes y cómo se nos instaló en el Hospital de la Cruz, donde las hermanas de la caridad, nuestras antiguas conocidas del Hospital General de Hombres en Buenos Aires, nos dispensaron sus solícitos cuidados y atenciones, que nunca, ¡jamás! podremos olvidar.

Debido á esos cuidados, nuestra mejoría se acentuó prontamente, pudiendo desde el 24 atender á los heridos y enfermos del 22, con nuestros consuelos y consejos, reclamados con toda solicitud, y que debidamente agradecemos.

Recordamos, entre otros muchos, al capitán Crisólogo Rodríguez del 1º de línea, herido en un brazo, á quien instalamos en la pieza que ocupábamos en el hospital; luego visitamos al querido Martín Viñales, teniente del batallón santafecino, quien, sabiendo que estábamos instalados en el mismo hospital, *revólver en mano*, reclamaba nuestra inspección, la que no se hizo esperar, aconsejándole la inmediata operación de

la *desarticulación escapulo-humeral* del lado izquierdo, lo que se realizó incontinenti, no sin antes prometer y también cumplir estar presente al acto, si nuestras fuerzas y estado delicado de salud no nos permitiese operarle.

El hoy sargento mayor Martín Viñales, tan conocido como corredor de la Bolsa y en esta sociedad, podrá narrar otros detalles, que pertenecen al fuero interno de nuestra amistad.

Como Viñales, muchos otros reclamaban nuestras visitas amistosas. Entre éstos, figuraba en primera línea el capitán Pedro Nicolorich, herido de bala en el tercio superior del brazo derecho.

Nuestra entrevista, solos y á puertas cerradas, no pudo ser más tocante, y no es para referirse lo que hablamos del hogar, de la patria, de la guerra y de su particular porvenir una vez realizada la amputación de su brazo derecho, que él consideraba indispensable para su vida periodística, iniciada con calurosos aplausos en la ciudad del Rosario de Santa Fe, su provincia natal, á la cual amaba entrañablemente y cuyo engrandecimiento él imaginara en los vuelos de su inteligencia gigante.

El desgraciado suceso de la operación ya lo

hemos consignado en el perfil que le dedicamos en el *Album* de la guerra del Paraguay, y que no creemos deber repetir aquí.

Entre esos heridos visitamos al teniente coronel J. B. Charlone, jefe de la Legión Militar, hoy 8 de línea, quien guardaba sin usar las presillas de coronel, pues él creía merecer el empleo y no el grado de tal; al teniente coronel Luis M^a Campos; al de igual clase Rufino Victorica, al sargento mayor B. Sotelo, quien recibió una herida de metralla que le llevó todos los tejidos blandos del pie, desde la articulación tibio-tarsiana á las falanges, respetando nervios, tendones, etc., curando radicalmente con sólo un acortamiento del miembro inferior del lado herido; allí venía el humorista y célebre escritor Benito Neto, herido de metralla en el pecho; el señor general Ignacio Rivas, proclamado tal sobre el campo de batalla, por el brigadier Bartolomé Mitre, quien presentaba una herida de bala en la mano derecha, que comprometía la articulación cúbito-radio-carpiana, reputada gravísima y de inmediata amputación, según la opinión de los médicos cirujanos argentinos y brasileros llamados en consulta.

El Dr. Caupolicán Molina opinó desde el

principio que una buena cura, atendiendo la higiene (ó sea la asepsia y la antisepsia de hoy) daría por resultado la curación de la mano del señor general Rivas, como así sucedió, confirmándose una vez más, la merecida reputación de cirujano distinguido que todos le reconocían.

El Dr. Manuei de Biedma y cirujano Juan Angel Golfarini fueron comisionados para transportar en el vapor Júpiter al señor general Rivas, Luis M^a Campos, Rufino Victorica, B. Sotelo y demás heridos del asalto de Curupaytí hasta Buenos Aires, donde fueron recibidos con las atenciones que bien merecían los defensores del honor nacional, en una guerra cuyos horizontes aún están por despejarse para la nación que tanta retroceso experimentó física y moralmente, siendo causa á la vez del derrumbamiento de la república del Paraguay, nuestra hermana en la historia y en el porvenir.

* * *

Lo expuesto es una reseña ligera y muy sintetizada de lo que pasaba en la ciudad de Corrientes, después de aquel suceso, desgraciado, de armas para las tropas aliadas, y en particular para el ejército argentino, que perdió los mejores jefes de sus tropas veteranas.

No somos nosotros bastante autorizados á escribir un juicio sobre el asalto de Curupaytí, pero era opinión unánime en el ejército, que pudo y debió evitarse el asalto, llevando por otros puntos y lugares los valiosos elementos de los ejércitos aliados, sin comprometer una batalla, evitándose de ese modo el derramamiento inútil de sangre y pérdida de vidas, ó estudiándose mejor las trincheras enemigas, que resultaron ser inatacables y vencidas por las tropas veteranas argentinas, tan buenas como las primeras de los ejércitos europeos, según la opinión autorizada de personas competentes en el arte y ciencia de la guerra.

Veamos, entretanto, el rol que desempeñó el cuerpo de sanidad militar, cada vez más reducido en su número, y también ¿por qué no decirlo? faltó de médicos y personal sanitario competente.

El personal del hospital central fué reforzado con algunos médicos extranjeros por negarse al servicio, doloroso es confesarlo, los hijos del país en aquella guerra nacional.

Nuestro puesto de cirujano de la segunda división del primer cuerpo en el ejército argentino fué ocupado por un distinguido médico cirujano español, de los emigrados y expulsados de Chile,

pero quien en momento de marchar la división al combate declaró: *que él iba á curar y no á matar, ó ser herido ó muerto*, dando á la vez orden al farmacéutico de la división, que lo era el capitán farmacéutico Cosme Massini, de no seguir á la división, orden que fué desacatada, siendo después de la batalla motivo de queja por parte del cirujano citado á la superioridad, la que á su vez desestimó el reclamo, recordando las obligaciones, deberes y también la práctica de que los cirujanos acompañasen á sus cuerpos, dispensando á los heridos los servicios inmediatos que han de menester en el campo de la acción.

El noble y abnegado proceder del capitán farmacéutico Cosme Massini no ha tenido hasta la fecha otra recompensa que el olvido, como el de igual clase y categoría Joaquín Cascallar, farmacéutico de la 1^a división á las inmediatas órdenes del Sr. Manuel de Biedma, bien que ninguno de ellos necesite del empleo para vivir cómoda y holgadamente, debido á los intereses de fortuna que han sabido adquirir.

Otro de los cirujanos extranjeros de los que ingresaron al cuerpo de sanidad en Curuzú, resultó ser un *distinguido homeópata*, según se

decía, pero incompetente en cuestiones quirúrgicas, sirviendo cuando más de ayudante, por no decir de estorbo, allí donde tan útiles como necesarios eran los servicios de los cirujanos.

Lo expuesto viene á poner de manifiesto cómo se hacia la elección de la sanidad militar en aquellos tiempos.

Amigos de la verdad y de la justicia, sin odios ni rencores por nada ni por nadie, reseñamos, *cálamo currente*, lo que allí vimos y pasó, sin cargar demasiado las tintas del cuadro que en tiempo oportuno hemos de pintar.

Compárese, entretanto, la conducta observada por el cirujano de la 1^a división Dr. Manuel de Biedma, quien acompañó al ejército hasta las trincheras, curando y remitiendo al hospital central á los heridos que era posible transportar.

El citado doctor nos ha referido el episodio siguiente: "Los tenientes coroneles Rosseti y Charlone, jefes respectivamente del 1º de línea y Legión Militar (hoy 8º de línea) habían sido agraciados con el grado de coroneles, y ambos considerándose con servicios bastantes para ser recompensados en el empleo de tales coroneles, se habían comprometido á no usar las presillas, sino después de probar, una vez más, en los

campos de batalla, que bien las merecían. Manuel Rosseti llevaba en el día del asalto á Curupaytí, en uno de los bolsillos de su pantalón, las presillas citadas.

Al presentarse á tiro de fusil de las trincheras paraguayas, el 1º de línea, Rosseti fué herido por un casco de metralla en un costado, herida de cierta consideración, que permitió al Dr. Biedma el pedido de que abandonara el batallón, á lo que se negó, recibiendo á poco andar una nueva herida mortal en el cuello que lo dejó tendido en el campo, sin ser posible ni siquiera salvar su cadáver, aprovechando esa ocasión para sacarle del bolsillo del pantalón las presillas de coronel que él guardaba y las cuales remitió Biedma á la hermana de Rosseti, á Buenos Aires, como un recuerdo de su amigo querido, el valiente coronel Rosseti."

¡Cuántos y cuántos hechos heroicos como este tenemos apuntados en nuestra cartera, ignorados y que por sí solos formarían una brillante página de las glorias argentinas!

Mientras tanto, el doctor y general Manuel de Biedma, una de las glorias vivas del cuerpo de sanidad militar, se encuentra retirado en su hogar, gozando de un sueldo que apenas le alcanza

para sufragar los gastos para el cumplimiento de sus más premiosas necesidades.

¿Quién mejor que él podría ocupar el puesto de inspector del cuerpo de la sanidad militar?

¿Quién con más títulos, más servicios, más competencia y más práctica, podría reemplazarlo en la inspección, en las actuales circunstancias, en que debe organizarse militarmente la sanidad del ejército?

Y lo que decimos del Dr. Biedma podríamos también decirlo de otros servidores en aquella campaña, tales como el Sr. Lucilo del Castillo, cuya foja de servicios acaba de ser presentada al señor Ministro de la Guerra teniente general Nicolás Levalle, dándosele de alta en la lista especial de guerreros del Paraguay, como teniente coronel, cuando él tiene despachos de línea, como cirujano de ejército, cuyo grado, según la ley vigente y guía obligada en estos casos, le corresponde el empleo de coronel, que como Rosseti y Charlone, bien ganadas tiene las presillas de tal, por sus servicios y sacrificios, frente al enemigo, en los campos de batalla.

Al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios; y el señor Ministro de la Guerra, justo apreciador de los méritos positivos, y también de los servicios del Dr. del Castillo, debe rever su resolución, y así lo esperamos.

VII

Después del fracaso del asalto á Curupaytí, tan comentado por propios y extraños, aun estamos por conocer los motivos ó causas, por qué el ejército brasilero, y en particular su escuadra, no atacó simultáneamente las trincheras, como dicen se había convenido, y que pensamos sea verdad.

Pero cualquiera que sea el fallo de la historia respecto á ese desagradado hecho de armas, que en opinión de personas entendidas pudo y debió evitarse, aun con la cooperación del ejército brasilero, llevando los valiosos elementos de que se disponía por otros lugares perfectamente conocidos y libres de tropas paraguayas, el resultado inmediato fué el respeto á las fuerzas enemigas y conocer en sus menores detalles el número de fuerzas de que disponía el mariscal Solano López, como asimismo el de sus fortalezas y los medios y recursos de que disponía para su defensa.

Este estudio y conocimiento perfecto del estado, condiciones y medios de que disponía la República del Paraguay, quitó á aquella ya prolongada guerra su interés, su valimiento y también su importancia como tal.

Ya no fué, para ninguna persona que siguiese con interés los sucesos de aquella guerra, un misterio, de que el triunfo de los ejércitos aliados fuera una realidad, siendo su terminación favorable para los ejércitos aliados, cuestión de tiempo.

El gobierno paraguayo había malgastado sus elementos en tentativas de ataque, sin plan alguno y tenía que batirse en retirada.

Es por esta causa, que la sangrienta batalla de Lomas Valentinas donde rindió su vida el teniente coronel Florencio Romero, al frente del 4 de línea, no tuvo la resonancia y valer, que en nuestra opinión tiene y debe tener, como los repetidos combates en el Chaco, que extinguieron hasta el olvido, á la segunda Legión de Voluntarios, cayendo prisionero en uno de esos combates, el coronel Miguel Martínez de Hoz y teniente coronel Gaspar Campos, víctimas de su arrojo temerario y con quienes, dicen, se ensañó la más abomi-

nable de las crueidades del mandón del heroico Paraguay.

En esos combates, como en todos los demás que se sucedieron, justo es reconocer que las huestes paraguayas, á pesar de ser diezmadas diariamente, de no descansar un solo momento, estar mal alimentadas y harapientas, supieron pelear y morir en defensa de su patria.

Conservamos algunos detalles de cada uno de esos sucesos, como asimismo del ensañamiento, cobarde é inhumano del mariscal Solano López para con los prisioneros.

Cada uno de esos detalles no son para escribirlos á la ligera, en la síntesis de los apuntes de nuestra cartera, que redactamos *cálamo currante*.

Ellos formarán parte de un trabajo más meditado que hemos de publicar cuando nos sea posible.

Otro tanto tendremos que hacer con respecto de los servicios de los Dres. Mac-Donald y Soutthon, cirujanos del primer cuerpo del ejército argentino y tantos ctros que se sacrificaron en aquella campaña, causa de sus enfermedades y de su prematura muerte.

No nos hemos de cansar de repetir que el personal sanitario que acompañó al ejército veterano,

á las órdenes del señor general Wenceslao Paunero, no sólo cumplió con su deber, á la par del soldado, frente al enemigo y en los campos de batalla, sino que debido á él se salvaron muchas vidas preciosas.

Cuando la patria agradecida, levante un monumento á los guerreros del Paraguay, el cuerpo médico en aquella campaña, tanto del primer cuerpo como del segundo cuerpo, tendrá en él, uno de los puestos de honor que legítimamente le corresponde.

Mientras llegue ese momento, recordamos que las fiebres palúdicas fueron las enfermedades que más predominaron en aquella campaña, complicando á las demás y á los heridos.

El remedio heroico, el específico único para el tratamiento de las *fiebres intermitentes* de origen *palúdico*, es el *sulfato de quinina*.

El uso y la demanda hicieron subir el precio de este artículo, y hubo momento que la *onza de sulfato de quinina costaba dieciséis pesos oro, ó sea cuarenta y cinco pesos nacionales*, al cambio actual del nacional con relación al oro.

Cuando más se necesitó de este remedio, por el número de atacados de *chuclo*, fué cuando faltó casi por completo esta preciosa sustancia.

La honrada comisión de suministros de drogas; establecida en Buenos Aires, demostró y probó, que había remitido, en la época á que hacemos referencia, más de *veinte mil onzas de sulfato de quinina*, para uso del ejército y de los hospitales establecidos en Corrientes, cuyo valor aproximado, contando fletes, no bajaría de unos *trescientos mil pesos oro sellado*.

La moral del cuento es que el medicamento no llegó á su destino ni nunca se pudo saber su paradero.

En cambio, el ejército brasileño lo tenía en abundancia, ignorándose el mercado ó lugar donde la había adquirido, constando, sin embargo, haber sido bien pagado y á precio elevado por los proveedores de aquella nación.

Este hecho causó muy mal efecto en el ejército, habiéndose tenido que acudir al uso de los preparados arsenicales, que no dejaron de dar muy buenos resultados, á pesar de ser su uso delicado á la vez que peligroso.

Ya nos imaginamos la cara que pondrán muchos de los que directa ó indirectamente tengan interés en que estos asuntos *duerman el sueño eterno del olvido*, como tantos otros que alguna vez se han de aclarar, dejando por ahora la *res-*

ponsabilidad del silencio á quienes corresponda, por las faltas apuntadas.

Si al cuerpo médico militar se le hubiera dado la importancia que en los ejércitos regulares tiene y debe tener, muchas pequeñeces se hubieran salvado, y tal vez y sin tal vez se hubieran disminuído el número de enfermos, por la elección de los campamentos y la higiene de los mismos; por el examen y revisación de los artículos de consumo diario; por el control en el recibimiento de los medicamentos, cuidando de su pureza y calidad, evitándose de ese modo las sofisticaciones y adulteraciones tan frecuentes, aun en los centros de población.

Pero nada de eso se hacía, el cuerpo médico tenía que proceder con los elementos que se le presentaba, y no había ni á quien dirigir los reclamos, pues sus relaciones eran directas con el E. M. General y estas limitadas á las marchas y disposiciones generales, en cuanto á translación de los enfermos y heridos de un campamento á otro fuera de ellos.

Estos hechos son de pública notoriedad, y si los recordamos, no es con el dañado propósito de hacer un reproche, sino con el sincero deseo que no se repitan en el porvenir, dando al cuer-

po de sanidad el puesto que le corresponda, y á la vez prestándoles todos los respetos y consideracione que por su saber y rango en la sociedad se merece.

Algo de eso, felizmente, se ha realizado ya, habiendo contribuído en nuestra modesta esfera, como miembros de la comisión para el estudio de la organización del cuerpo de sanidad militar, cuando se pensó en la inminencia de la guerra con la república de Chile, adquiriéndose con tal motivo un valioso material para el ejército, que entendemos está guardado en depósitos *ad hoc*, cuando debieran funcionar en beneficio de todos y para todos los que forman en las filas del ejército nacional.

Esta comisión fué presidida por el señor general Manuel Campos, quien demostró gran competencia y preparación en esta clase de estudios.

Res non verba.

Dejamos para mejores momentos seguir recopilando nuestros apuntes de cartera, algunos de los cuales para algo han de servir, porque son la fiel expresión de la verdad, de hechos ignorados, resultado muchos de ellos de las intimidades del enfermo con el médico, su único compañero y amigo en el lecho solitario de los campa-

mentos, hechos que dan colorido y luz al cuadro de ciertos episodios en la guerra, que aparentemente no tienen importancia y que son, sin embargo, en más de un caso, la *piedra de toque*, por decirlo así, para la solución de problemas trascendentales.

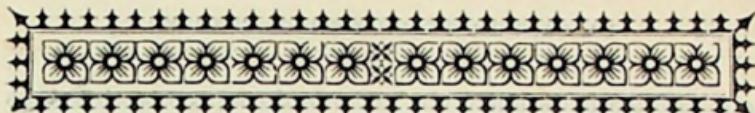
* * *

Del cuerpo médico de sanidad de aquella campaña sólo quedan tres cirujanos de los pertenecientes al 1^{er} cuerpo: el Dr. Manuel de Biedma, general retirado con dos terceras partes del sueldo que le corresponden como tal; el Dr. Lucilo del Castillo, recientemente dado de alta como cirujano de división y con el empleo de teniente coronel, que, como ya lo hemos dicho, tiene despachos de línea como cirujano de ejército, correspondiéndole, en consecuencia, el empleo de coronel y, en cualquier caso, y aun cuando las comparaciones sean siempre odiosas, á nuestro juicio, ningún médico coronel ó general, al servicio actual de la sanidad militar, puede presentar la foja de servicios y las condecoraciones que él; y el Dr. Juan Angel Golfarini, quien podría exhibir á la par del primero su foja de servicios y también condecoraciones y pre-

mios, no sólo en aquella guerra, sino que también en las revoluciones del 74, 80 y 90; en todas las epidemias y calamidades públicas que han azotado este país; y en toda ocasión en que se han creido útiles sus informaciones ó servicios, y, sin embargo, para él como para los señores farmacéuticos, también del 1º cuerpo, Cosme Massini y Joaquín Cascallar, sólo ha habido una palabra: *olvido*.

Los que estudian estos hechos humanos saben bien lo que pueden esperar, y *sirven porque sirven*, sabiendo y conociendo la recompensa que les espera por sus sacrificios patrióticos. De este modo nunca se tendrá un cuerpo científico de sanidad militar.

La mejor prueba que podemos ofrecer de nuestro aserto es la *vergüenza* que tiene el cuerpo de sanidad en usar el traje militar que le corresponde, aun en los actos de servicio, que para ellos, como para la sociedad, doloroso es decirlo, más que un título de honor y de consideración, representa el empleo de la obligada necesidad, en la lucha diaria de la existencia por la vida.



NOTAS

NÚM. 1

Con el fin de poner de manifiesto los resultados prácticos é inmediatos de nuestra propaganda en beneficio de los servicios de la Sanidad Militar y de la armonía de procederes en la atención, curación y evacuación de heridos, transcribimos el acta levantada el 18 de Marzo de 1898, después de una conferencia en la que intervino el ex-Jefe del Estado Mayor, señor general Godoy, la que oportunamente fué aprobada en sesión por la Cruz Roja, Sección Argentina.

Nombrado recientemente inspector general el señor doctor y general don Pedro Mallo, propuso en la sesión del 2 de Mayo corriente que la Sociedad Cruz Roja se pusiera inmediatamente en campaña para adquirir elementos, en no menor cantidad de *dos millones de pesos m/n.*, cantidad que, á su juicio, es absolutamente indispensable, en los momentos actuales, para que la Sanidad Militar y las sociedades auxiliares estén en condiciones de prestar buenos y útiles servicios.

Nos consta que la Sanidad Militar ha solicitado una fuerte suma, para ponerse en condiciones de responder á las necesidades de una guerra cualquiera.

Yo he propuesto tener prontos los elementos para la fundación de dos depósitos, uno en Villa Mercedes y otro en Bahía Blanca, de materiales generales de sanidad.

Todas estas propuestas y pedidos están demostrando

que nuestro pensamiento ha encontrado eco en los hombres de acción en estos asuntos y esto basta y sobra á nuestro objeto.

«En Buenos Aires, á los 18 días del mes de Marzo de 1898, reunidos en el local de la Sociedad Argentina de la Cruz Roja los doctores don Juan A. Gólfarini y don Francisco de Veyga, con poderes respectivamente de la Sociedad antes mencionada y de la Inspección General de Sanidad del Ejército, con el fin de acordar los medios que armonicen los servicios de estas instituciones, para el caso desgraciado de una guerra, completando de una manera definitiva la organización y funcionamiento del Servicio de Sanidad en campaña, hicieron presente á su turno:

El Doctor Veyga, que la Inspección General de Sanidad del Ejército tenía asegurados sus servicios en las tropas de operaciones, contando para ello con personal y material en la proporción y calidad requeridas para el caso. El servicio del campo de batalla y de las evacuaciones en la línea de comunicaciones de dichas tropas, pudiendo funcionar con la regularidad y la amplitud necesarias. No así sucede con el Servicio de Sanidad en las líneas de operaciones y de comunicaciones, donde ateniéndose á las prescripciones del Reglamento del Servicio de Sanidad en campaña, vigente por decreto de 25 de Junio de 1895, debía contar con recursos de extraños, como serían las autoridades municipales del tránsito, las sociedades de beneficencia y las de auxilio á los heridos, improvisadas en el tiempo de guerra, para atender ciertas e importantes secciones sanitarias que han de establecerse sobre estas líneas y que son los Hospitales auxiliares, las Enfermerías de estación y de camino, los Hospicios de convalecientes, la de puestos de rezagados, etc., que la Inspección General de Sanidad deseaba que la Sociedad Argentina de la Cruz Roja, cuyos antecedentes de patriotismo y de labor eran reconocidos por el pueblo entero y las autoridades todas, manifestara si aceptaba tomar á su cargo el servicio auxiliar de sanidad en las líneas expresadas, constituyendo al efecto con sus propios recursos y su personal propio, las secciones sanitarias que son necesarias

para realizarlo y tratando en ese caso de constituir las en la forma que acordaran con la Inspección General de Sanidad.

El doctor Golfarini declaró, á su vez, que la Sociedad Argentina de la Cruz Roja no tenía inconveniente alguno en tomar á su cargo un servicio, que era el que le correspondía de hecho y de derecho en un caso de guerra. Que estaba preparada para ello, y que había tentado en más de una ocasión ponerse en condiciones de realizar este servicio, invirtiendo su capital y poniendo en acción todos sus miembros y sus influencias, pero que una dificultad sería habida impedido llevar á completo término sus intenciones y era el distanciamiento en que se encontraba con la Inspección General del Ejército, desde el momento en que á consecuencia de la confección del Reglamento del Servicio de Sanidad en campaña ya expresado, se había puesto en tela de discusión y se amenazaba desconocer los privilegios que la Cruz Roja tiene adquiridos por su tradición, por sus reglamentos y establecidos por leyes de la Nación, y parecía querer tergiversarse el papel que debía desempeñar esta institución en el caso de una guerra.

El doctor de Veyga explicó al doctor Golfarini la condición en que según el Reglamento y según el espíritu de la Autoridad Sanitaria Militar estaba colocada la Sociedad de la Cruz Roja con respecto á ella, y cuáles eran los servicios que creía debía prestar en las operaciones de guerra, las que se condensan en las bases adjuntas.

Declarando además el doctor Veyga que la Inspección General de Sanidad estaba animada de sentimientos de viva simpatía hacia la benemérita institución de la Cruz Roja, y que deseaba que ella por encima de todas las demás instituciones de beneficencia del país y de las que pudieran improvisarse para el caso, compartiera en la guerra la sagrada misión de levantar y proteger á los heridos.

El doctor Golfarini respondió: que era el anhelo de la Sociedad á que pertenecía llenar su misión con toda la eficacia y en toda la extensión que se lo imponían sus Estatutos, y que lo preveía el Reglamento del Servicio de Sanidad en campaña y que viniendo de la Inspección de Sanidad del

Ejército una expresión tan sincera de sus deseos de solidaridad para con esta institución popular, aseguraba la cooperación solicitada en la forma propuesta.

1º La Sociedad Argentina de la Cruz Roja constituirá con sus propios recursos las secciones sanitarias necesarias para el funcionamiento debido del serv.cio de sanidad de las líneas de comunicaciones y de operaciones del ejército argentino en tiempo de guerra, acordando las nomenclaturas y modelos de unidades, á las que el Cuerpo de Sanidad del Ejército posee actualmen'e. El número y capacidad de estas secciones será establecido por la Cruz Roja de acuerdo con la Inspección General de Sanidad del Ejército, á fin de que sus respectivos servicios guarden la debida correlación.

2º La Inspección General de Sanidad del Ejército prestará en esta tarea toda su cooperación á la Sociedad de la Cruz Roja, á fin de que se lleve á cabo con toda la rapidez posible.

3º Queda entendido que la acción de la Cruz Roja, en campaña, no podrá nunca ser estorbada por el Cuerpo de Sanidad, suplantándose á ella en los puntos en que haya establecido sus secciones sanitarias ó ejerciendo comando sobre la misma.

4º La Cruz Roja depende, como el Servicio de Sanidad, del comando militar de la fuerza en que actúa, y sus relaciones con aquél se establecerán por intermedio de los delegados oficiales ó de las autoridades militares, en la forma que lo hace el Cuerpo de Sanidad con su propio servicio.

Sin embargo, si la Cruz Roja lo cree conveniente puede servirse del Cuerpo de Sanidad Militar, para efectuar dchas relaciones, debiendo en ese caso darse trámite á sus solicitudes con toda rapidez y sin objetar ni hacer oposiciones sobre el asunto que las motiva.

5º La Cruz Roja y el Cuerpo de Sanidad Militar establecen íntima conexión, donde quiera que se encuentren en contacto, correspondiendo la iniciativa de este acto á qu en llegue último al puesto, y sin necesidad de intermediario alguno.

Las conexiones de estas dos instituciones tienen por principal objeto el auxiliarse con personal y material.

6º Como el servicio del Cuerpo de Sanidad en la línea de operaciones y de comunicaciones es puramente transitorio, siendo su preocupación concentrarse sobre las tropas que marchan ó combaten, cuando una sección sanitaria militar necesite seguir á las tropas, enregará los heridos ó enfermos á la Cruz Roja, con las formalidades debidas, previa la autorización militar respectiva.

7º La insignia de la neutralidad que use el personal y el material de la Cruz Roja, tienen el mismo valor ante el ejército que la que usa el Servicio de Sanidad Militar.

Para ser válidas estas insignias, tendrán que ser selladas por el Ministerio de la Guerra y devueltas, por intermedio del Estado Mayor del Ejército, al presidente ó delegado oficial de la Sociedad, quien efectuará su distribución.

El presidente ó delegado oficial dará previamente una lista de las personas de la Sociedad á quienes deba entregar el brazal, y éstas estarán munidas al mismo tiempo de una papeleta de filiación, correspondiente á su identidad y al número de orden respectivo de su insignia.

Juan A. Golfarini—Francisco de Veyga.

NÚM. 2

En el Congreso Científico Latino Americano, inaugurado el 10 de Abril del corriente año 98 y clausurado el 20 del mismo, y al cual concurrimos como Delegado oficial del Excelentísimo Gobierno del Ecuador, el Sr. D. Pascual Palma, distinguido ex-cirujano del hospital Militar, sostuvo la tesis siguiente: Ser más bien perjudicial que pro'ífera la curación inmediata de los heridos sobre la línea del fuego, sin llenar cumplidamente los preceptos modernos, siendo preferible, á su juicio, las amputaciones (aunque fueran á la turca), en la gran mayoría de los casos. (Sesión del 14 de Abril de 1898).

Los señores doctores Daniel F. Llobet Repetto y Alfredo Navarro combatieron tales mutilaciones á granel, en particular este último, quien recordó que la gran mayoría de los heridos, atendidos por él en la batalla de «Tres Arboles», en la República Oriental, siendo vencedoras las tropas del ejército revolucionario á las órdenes del valiente como malogrado coronel Lamas, muerto trágicamente el 20 del corriente Mayo de 1898, que tuvo lugar el 15 de Mayo de 1897 habían curado, siendo de notar que las fuerzas del gobierno de don Juan Idiarte Borda estaban armados á mauser, sistema moderno, y que las heridas venían, muchas de ellas, infestadas por malas curaciones y otras causas.

En la guerra del Paraguay, donde la *asepsia* y *antisepsia* eran desconocidas, nuestra estadística particular no alcanza un 10 % de mortalidad, debido al aseo é higiene de las heridas, lo que pasó en el ejército argentino, con los heridos que era posible cuidar y atender con el reducido personal que contaba la Sociedad Militar, recuerdo á los heridos orientales, y entre otros á los Generales Regules y Tabares, heridos el primero de lanza y el segundo en un extremo superior, de bala, y los coroneles Eduardo Olave y Pedro Solano, respectivamente heridos uno en un pie y el otro en la cara, á quien atendí, curé y conduci en el vapor Uruguay desde el Paso de los Libres, hasta el puerto de la capital, siendo digno de especial mención que los heridos del Yatay que trajo el citado vapor, al mando de D. Francisco Arteaga, curaron en su gran mayoría, no alcanzando la mortalidad al 5 %, debiendo hacer constar que los heridos eran en general curados en el propio campo de batalla. Los señores coroneles Olave y Solans fueron heridos el 2 de Mayo de 1866.

NÚM. 3

18 DE JULIO

LA INDEPENDENCIA ORIENTAL

LA GUERRA DEL PARAGUAY

(APUNTES DE UNA CARTERA)

Una coincidencia, feliz en cuanto consagra dos fechas clásicas, hace que el 18 de Julio de cada año se evoquen, allende y aquende el Plata, los recuerdos que conmemoran la jura de la constitución de la República Oriental y el sanguinario combate del Boquerón en la guerra del Paraguay.

En cuanto al primero de esos hechos, nuestros hermanos los orientales lo festejan hoy con las pompas y los vítores con que las naciones civilizadas celebran sus grandes aniversarios. Desde las columnas de este diario, nosotros nos asociamos á los regocijos del pueblo hermano, saludándolo en los días del presente, con el mismo afecto con que le estrechábamos en los del peligro y de la lucha que precedieron á su organización como república independiente y soberana.

En cuanto á la segunda—la famosa jornada del 18 de Julio de 1866—queremos tomar de la cartera de un amigo algunos apuntes, que no se refieren á la estrategia ni á las consecuencias de la batalla, sino sólo al valor de nuestros bravos y á la manera como entonces se arriegaba y se perdía la vida por defender la patria, que tan mal ha pagado sus sacrificios á algunos de sus hijos.

El combate del Boquerón empezó en la mañana del 16 de Julio para terminar después de las 4 de la tarde del 18. ¡Qué carnicería horrenda! La historia registrará pocas ba-

tallas en las guerras entre pueblos civilizados en que sea posible señalar tanto estrago. ¡Cuánto nombre querido nos viene á la memoria! ¡Cuánta abnegación, cuánto heroísmo exigido, probado y satisfecho en un momento!

«¿Murieron algunos? ¡Felices! Al menos
Un templo en el pecho tendrán de los buenos
Que, ingrato, el olvido no irá á profanar.»

Aquel compendio de tiranía, de civilización y de barbarie que gobernaba al Paraguay bajo el nombre de Francisco Solano López, sabía que el querido general Osorio, que había tenido el mando de la división brasilera en el ejército aliado, entregaba la dirección de éste al mariscal Polidoro, que se recibía de ella en la misma mañana del 16 de Julio, y queriendo sin duda probar la táctica del nuevo general, llevó el ataque á las fuerzas brasileñas, empeñándose allí el sangriento combate. Al día siguiente, el 17, entraron al fuego los batallones de la guardia nacional de Buenos Aires, y el 18 estaban en la pelea las fuerzas uruguayas, el 2 de línea, batallón 3 de guardias nacionales de la capital, el legendario *Tres de oros* que mandaba D. Mateo Martínez y que ha de figurar en la historia como uno de los honrosos ejemplares del heroísmo de la milicia ciudadana (1).

Las tropas paraguayas estaban situadas tras de trincheras y abatíes en el abra que se llama el Boquerón, y estos últimos batallones que hemos nombrado llegaron hasta cruzar sus bayonetas con los soldados del tirano á quienes impulsaba más bien un entusiasmo fanático que una convicción patriótica.

Qué cuadro magnífico para que fuera descrito por la pluma de un narrador de batallas, el que presentaban las huestes argentinas y aquel grupo de valientes orientales que acaudillaba Fortunato Flores, hoy general, siguiendo denodados en medio de la metralla y la fusilería, hasta llegar á la misma trinchera sin más propósito que el de vencer y domar á aquel enemigo implacable, ya que en

(1) Los cuerpos argentinos que entraron en acción del 17 al 18 pertenecían al segundo cuerpo de ejército que mandaba el general Emilio Mitre.

todos era convicción que el éxito de la guerra no dependía del resultado de la batalla empeñada.

Pero no es nuestro ánimo escribir la página en que la historia ha de reflejar tanta grandeza. Tomamos de ese combate episodios aislados que vinculan los hombres á las nacionalidades para tomar á aquellos como la encarnación de los recuerdos en los aniversarios clásicos de éstas.

Fué en el Boquerón donde cayó postrado y murió peleando el bravo general Pallejas, jefe de las fuerzas orientales, que en un día como ese, el 18 de Julio de 1853, hacía, en la ciudad de Montevideo, aquella revolución sin sangre que concibió y realizó Pacheco y Cebes, para derrocar del gobierno á D. J. Francisco Giró.

Pallejas era un bravo. No había nacido en América, pero tenía en sus venas el valor y la hidalguía legendaria de nuestros genitores españoles, que han salido, como los héroes de la leyenda espartana, transmitir á las hijas con su leche y á los hijos con su espada, toda la virilidad y abnegación de esas razas que no se extinguieren.

Hizo bien el coronel Enrique Pereira, comandante del batallón Florida, cuando, al asumir el mando de la división oriental, una vez muerto el general Pallejas, en medio del fuego horrendo del enemigo que diezinaba sus tropas, tuvo valor de mandarlas que echaran el arma á la funerala, al desfilar ante el cadáver del que había caido como bravo y como bueno, defendiendo la causa de su patria adoptiva.....

Pero nos extraviamos de nuestro propósito primordial: al ligar en un solo recuerdo los dos grandes acontecimientos que consagra el 18 de Julio, hemos tenido por propósito reparar injusticias y reclamar de quienes deben hacerlo el cumplimiento de deberes olvidados.

Si en ese combate del Boquerón hubo héroes que rindieron la vida y abrieron heridas por defender la causa nacional, hubo también otros héroes ignorados, que en los ejércitos pasan desapercibidos, y que tienen por misión conservar la existencia y curar á los que caen postrados por la bala ó el sable del enemigo.

El cuerpo médico ha sido mal apreciado en la guerra del Paraguay. Limitado en su número y sin los elementos de cirugía y antisepsia que la ciencia ha ofrecido en los últimos treinta años, realizó casi lo imposible, en aquellos combates en que, después de la batalla, era menester proceder, como en el cuadro de la *Debâcle*, de Zola, á amputar piernas y brazos, hacer resecciones, suturas y colocación de apóstitos, utilizando las armas como instrumentos y las ropas de vestir para vendajes.

Aca:ó la hora de la justicia ha llegado, cuando ya han desaparecido muchos de los que, como Caupolicán Molina, inventaban procedimientos para salvar heridos, ó cuando la edad y las fatigas obligaban, como al general doctor Manuel de Biedma, á retirarse de la vida agitada.

Pero hablando del combate del Boquerón, hay figuras médicas que no podemos dejar pasar desapercibidas.

Acaso pocos serán los que sepan que el actual inspector de sanidad militar, el modesto Dr. Eleodoro Damianovich, entonces practicante de medicina, se excedió á su deber en esa batalla.

A eso de las 2 de la tarde, en el día 18, Damianovich marchaba por frente de la segunda división del primer cuerpo del ejer:ito argentino. El Dr. Juan Angel Golfarini era el cirujano de la citada división, y como el punto á donde Damianovich se dirigía era uno de aquellos donde más se peleaba, sembrándose la desolación y la muerte, Golfarini se lo previno. Damianovich, amigo de Golfarini, se irguió indignado; y con apóstrofe que no nos es permitido consignar, le contestó:

—Mi división marcha. El honor y el deber me ordenan ir á curar á los que caigan defendiendo la bandera nacional.

Y sin escuchar ni reflexiones ni observaciones, siguió adelante, curando y salvando muchas vidas en el mismo campo de la acción.

Fué también en esa batalla del Boquerón donde cayó herido el bravo coronel Esteban García, jefe del regimiento «San Martín», que tanta gloria ha dado á la República Argentina.

Después del combate, fué uno de los primeros heridos que llegaron á las ambulancias, y el general D. Venancio Flores, que mandaba una división á la que pertenecía el regimiento del coronel García, se interesaba tanto por éste, que inmediatamente envió á su ayudante Cuevas á preguntar al Dr. GOLFARINI por la gravedad de aquel jefe herido. Acaso la muerte del coronel Esteban García es una justificación de lo que hemos dicho: faltaron en esa época al cuerpo sanitario los elementos de *antisepsia* que los progresos científicos hoy proporcionan.

La herida del coronel García estaba situada en el brazo izquierdo. Aunque producida por una bala, era extensa y desgarrada, y parecía más bien hecha por arma blanca. Desde el primer momento se le prodigaron los mayores cuidados, no sólo por su jerarquía militar, sino por los afectos individuales que él inspiraba, y, sin embargo, las atenciones y el cariño fueron impotentes para salvarle de la muerte. Trasladado á Corrientes, como la mayor parte de los heridos, falleció de *tétano*, misteriosa complicación de las heridas que, si hoy la *antisepsia* preavé, la ciencia médica aun no ha podido explicar.

Y puesto que hemos nombrado incidentalmente al doctor GOLFARINI, oriental de nacimiento, argentino de corazón, vinculado á este país y á sus hombres principales por esos lazos que se forman en los campamentos, en las aulas y en las luchas políticas, queremos ahora hablar especialmente de él; de él, que como oriental celebrará el aniversario de la jura de la Constitución de su patria, y que como argentino festejará el aniversario de la batalla del Boquerón, en la que tanto bien pudo hacer á hombres eminentes que hoy seguramente no olvidarán que le deben la vida.

El actual general Palacios, por ejemplo, no puede haber olvidado que siendo él oficial del 4 de línea, que pertenecía á la segunda división del primer cuerpo del ejército, cuando vió caer gravemente herido á su padre, el entonces mayor Palacios, corrió en busca de GOLFARINI para que personalmente le asistiera, lo que hizo éste con tanto esmero, á pesar de la gravedad de la herida, que el enfermo curó por primera intención.

Y si la sombra de Ivanoski, el general querido de Domingo Faustino Sarmiento, muerto en 1874, se levantara de su tumba, seguramente que al evocar los recuerdos del Boquerón, tendría una palabra de agradecimiento para su atento médico de los primeros momentos, el Dr. D. Juan Angel Gofarini. Una bala le había atravesado completamente la región metacarpiana de la mano derecha, y con esa serenidad de espíritu y ese desprecio innato por los dolores y las miserias humanas que le eran peculiares, se dejaba curar en medio de bromas y acaso de imprecaciones soldadescas, cuando un ayudante del mariscal Polidoro, que le había visto distinguirse en la batalla, llegó á saludarlo y felicitarlo á nombre de su jefe, por su denuedo y su valor. Ivanoski agradeció dignamente aquella distinción, y, recordando la profusión de oro que gastaban los brasileros, se volvió á Gofarini que operaba, diciéndole:

—Mejor que felicitaciones, habrían venido unas libras esterlinas para pasar tan malos ratos; pero no importa, curreme pronto para que pueda volver á la lucha en defensa de la bandera de mi segunda patria.

Apenas curado Ivanoski, apareció en el mismo día y en la misma ambulancia, cabañero en un rocin flaco, manco y de color indefinible, el hoy coronel Jul o Dantas, simple oficial entonces, acompañado de los soldados del 2º de línea, al que pertenecía, y á quien tocó, por accidente, ser glorioso abanderado en ese heroico combate del Boquerón.

El 2 de línea peleó con la bizarría que ha hecho legendario su heroísmo en la historia militar argentina.

Hubo un instante en que se abrió brecha. El paraguayo estaba dominado y el argentino vencía. Era menester conquistar el terreno por pulgadas, y cada paso representaba un sacrificio cruento. El jefe, los oficiales, el abanderado titular del 2 de línea, teniente Reyes, habían caído heridos ó muertos, rodeados de las clases y soldados.

Ese mismo abanderado tenía un duelo pendiente con Julio Dant. s. Debían batirse en el primer momento en que el enemigo común de la patria dejara tiempo pa' estos combates individuales. En la pelea, Dantas vió caer á su

adversario personal, pero que era el porta-estandarte de la bandera de su batallón. La patria es la primera inspiración del hombre, y Dantas sólo pensó en que la bandera que había caído al foso, con el oficial que la llevaba, representaba la integridad y la gloria de la nación.

Corrió al punto donde el abanderado había caído, recogió la enseña que sus brazos moibundos a abandonaron, y valiente y denodado, exhortando á los que le seguían, atravesó el foso y llegó á trepar hasta la cima de la trinchera paraguaya. Al clavar en ella la bandera argentina, una bala le atravesó el rostro, penetrando el proyectil por la ventana de la nariz, del lado izquierdo, y saliendo en dirección oblicua por la parte media de la mandíbula inferior, destrozando en pedazos los maxilares superiores en la parte media, así como la mandíbula inferior, la que produjo una fractura comminuta.

Dantas era amigo de Gólfarini. Sus soldados le querían entonces como hoy le quieren sus amigos. Inmediatamente de herido, sus subalternos trataron de salvarlo del peligro, y, al efecto, para poder transportarle, se apoderaron violentamente de aquel rocin flaco, de color indefinido, en que llegó hasta la ambulancia.

Cuando el Dr. Gólfarini examinó al herido, se dió cuenta ce que la gravedad de la herida reclamaba una operación inmediata que temía no poder practicar solo. La hemorragia, la colocación de la herida, la inflamación siguiente habían transformado de tal manera á Julio Dantas, que en el primer momento Gólfarini no alcanza á reconocerle. Cuando pidió la ayuda de otros cirujanos para operarle, fué inútil. El exceso de heridos absorbía el trabajo de todo el reducido personal sanitario que tuvo siempre el primer cuerpo del ejército argentino.

Y, sin embargo, era necesario operar, y Gólfarini, inspirado por el afecto y el deber, procedió inmediatamente á extraer las esquirlas principales, para luego, como lo hizo, desarticular el maxilar inferior del lado derecho (articulación temporo-maxilar), operación difícil y peligrosa por cuanto, pasando por ahí la arteria carótida interna, habría bas-

ado el mínimo descuido, una deformación traumática ó la misma postración y abatimiento del herido, para que, hiendo aquélla, se hubiese producido la muerte instantánea.

Y, sin embargo, ahí tenemos felizmente al coronel Dantas que después de esa época, sólo habiendo perdido algo de la belleza física que tenía antes de su herida, se ha conservado fuerte y viril para prestar á la patria sus buenos servicios.

En esa operación puede también citarse la pobreza de elementos del cuerpo sanitario argentino en aquella guerra nacional.

Los ayudantes que tuvo el Dr. Gofarini fueron los mismos soldados de línea que acompañaron á su oficial herido, los cuales, en medio de la operación, hacían beber, para entonarle, una pésima poción que los vivanderos del lugar se atrevían á llamar vino carlón.

P. 54
En iguales condiciones fueron curados Orma Borges, Santiago Moritan, Massini y tantos otros cuyos recuerdos llenan el alma, desgraciadamente muertos unos en contendas civiles y otros á consecuencia de las heridas y los servicios que prestaron á la patria.

En un día como este, en que se celebra el aniversario de la jura de la constitución oriental, no debe extrañarse que reclamemos de los poderes públicos argentinos la recompensa merecida y justamente adquirida por el Dr. Juan Angel Gofarini, nacido en la República Oriental, pero cuya vida y cuyos servicios se han desarrollado en la República Argentina.

Todos sus compañeros de esa época ocupan puestos en los escalafones militares, ya en servicio activo, ya como asimilados.

No bastaría citar para comprobarlo á los doctores Lucio del Castillo y Anonio M. Silva, quienes figuran como asimilados en el ejército con el grado de sargentos mayores.

Gofarini, sin embargo, no tiene puesto ni colocación oficial alguna. Se le ha visto figurar siempre que ha sido necesario defender el honor nacional, siempre que las epidemias han azotado á la población de Buenos Aires. Se le reclama

su informe, porque se reconoce su competencia, cuando se trata da la organización de servicios militares, se le ve al frente de la sección argentina de la Cruz Roja, y cada vez que se reclama su concurso, sea para prestar persona mente el auxilio de su ciencia, sea reclamando sus opiniones sobre materias técnicas, jamás se ha negado á desempeñar gratuitamente todos estos deberes que, como él dice, le son impuestos por su conciencia.

Ha llegado, pues, el momento en que nuestros hombres de gobierno se ocupen de recompensar á estos héroes modestos, que no brillan por el éxito de la acción en las batallas, que no sirven en la hora de la destrucción y la matanza, pero que producen tanto bien á la patria y al hogar, en los momentos en que es necesario reparar el estrago. Si para vencer en la lucha es menester el exterminio y el aniquilamiento, la humanidad ha hecho del que ciega las heridas de la carne un apóstol tan austero como aquel que cura las heridas del alma. La primera cruz de la Legión de Honor, que fué discernida á una mujer, se colocó sobre el pecho de una hermana de caridad, que no había hecho otra cosa que seguir á los ejércitos franceses para atender á los heridos.

Es, pues, una ingratitud que, tratándose de un cirujano como el Dr. Golsarini, la República Argentina haya olvidado hasta hoy sus servicios, sin colocarle siquiera en las condiciones en que se encuentran sus antiguos compañeros del cuerpo médico en la guerra del Paraguay.

¿Qué es lo que le perjudica? ¿Acaso el ser extranjero? No creemos que pueda ser considerado como tal el que ha consagrado, como se ha visto, una existencia entera á la patria argentina.

Quisimos saludar el 18 de Julio, y acaso hemos terminado por hacer un artículo personal en favor del Dr. Golsarini. No nos arrepentimos de ello. En él se encarnan las dos nacionalidades que baña el Plata, y al confundir en uno solo el recuerdo de la jura de la constitución oriental y de la batalla del Boquerón, creemos hacer acto de patriotismo reclamando de los que nos gobiernan, justicia para este servidor de la patria.

NÚM. 4

PEDRO NICOLORICH

CAPITÁN DE LA COMPAÑÍA DE GRANADEROS DEL
BATALLÓN SANTAFECINO

Cuando la patria agradecida recuerde debidamente á los verdaderos defensores del honor nacional, en la guerra de la Triple Alianza, ocupará sin duda alguna una de las más hermosas páginas de la historia la vida ejemplar del Capitán Nicolorich, ilustrado periodista, ciudadano austero y valiente militar, muerto gloriosamente en la ciudad de Corrientes, días después del desgraciado asalto de Curupaty, á consecuencia de una herida de bala.

Pedro Nicolorich era argentino, de gallarda figura, elegante, de buena y fuerte constitución, de temperamento sanguíneo, nerioso y de maneras ágiles y desenvueltas, culto, educado, de palabra insinuante, escritor de alto vuelo con una buena preparación literaria á la vez que científica y una ilustración poco común, á lo que debe agregarse un amor entrañable por la patria y por el progreso moral y material de su provincia natal Santa Fe, era, en fin, un hombre de gran carácter y de un valor á toda prueba.

El ligero perfil que de su personalidad fisico-moral apenas esbozamos, fácilmente hará comprender todo el valer y toda la importancia que tendría su bien cortada pluma en la prensa del Rosario de Santa Fe, donde figuraba entre los opositores de aquella época, siendo, sin embargo, respetado y considerado por sus partidarios, á la vez que de sus adversarios políticos.

A diferencia de muchos ciudadanos, declarada y enfrentada la guerra, él, que, en la medida de sus fuerzas y de su talento, había procurado demostrar lo inconveniente de ella, pensando que aun había medios de evitarla, de una manera honrosa para la República Argentina, fué de

los primeros en alistarse voluntario, declarando que sus deberes de ciudadano y de escritor no le permitían, decorosamente, en presencia del enemigo extranjero, discutir la bondad ó la justicia de la guerra.

Cambió, pues, su brillante pluma por la filosa espada, alistándose entre los primeros para organizar el batallón santafecino, siendo nombrado capitán de la Compañía de Granaderos, puesto que supo desempeñar satisfactoriamente.

Tan noble como levantado proceder pone como de relieve el temple moral y el valor cívico de tan distinguido ciudadano.

Su gran figura se destaca aún más comparada con la de aquellos que, obligados por su propaganda, por sus empleos ó por sus vinculaciones con la política militante, debían concurrir á los cuarteles, siendo mu hos de ellos, en cambio, los primeros en abandonar sus puestos, hecho este muy significativo, y que, desgraciadamente, se hizo también notable en el cuerpo médico nacional (1).

En medio de aquella ruda campaña, en que todo era nuevo y todo se improvisaba, tan llena de episodios, de incidentes y contrariedades, en presencia de los desbandes de las fuerzas entrerianas en Basualdo y Toledo, frente al enemigo invasor, ya ocupando gran parte del territorio de la provincia de Corrientes, con diferencias profundas y rivalidades sin nombre, particularmente, en el primer cuerpo de ejército á las inmediatas órdenes del bravo general Wenceslao Paunero y otras mil peripecias que fuera largo enumerar, el capitán Nícolorich, en medio de aquel desorden

(1) No es este el lugar y el momento de estudiar las causas de la falta de médicos nacionales voluntarios á aquella guerra, excepción honrosa hecha á favor de los doctores Hilario Almeida, Caupolicán Molina y Manuel de Biedma (ya empleado en los ejércitos de tierra y de la marina), Pedro Mallo, Francisco Soler y algún otro. Siendo necesario ocupar á otros de universidades extranjeras, tales como los doctores Joaquín Díaz de Bedoya, Souphon Macdonhal, etc., jóvenes estudiátes de farmacia y flebotomía, obligados muchos de ellos á cortar su carrera y hoy olvidados sus sacrificios é importantes servicios á la patria.

que amenazaba destruirlo todo, jamás abandonó sus hábitos de labor, de trabajo y de estudio, figurando por esta causa entre la brillante pléyade de jóvenes oficiales más competentes del ejército argentino.

Celoso como el que más de sus deberes militares, amante de la verdad y de la justicia, severo de la disciplina que no excluye la consideración, el respeto y el buen trato del soldado, después de un meditado estudio y de una paciente observación, había formulado una seria acusación sobre motivos administrativos.

Este noble acto de independencia será, en todo tiempo, un timbre de honor indisputable para el valiente capitán Nicolorich.

Desgraciadamente, su muerte prematura dejó en suspenso y hasta olvidada aquella acusación, la que le valió, sin embargo, ser mandado en arresto á la Legión Militar, comandada por el bravo coronel Charlone, mientras se instruía el correspondiente sumario, el mismo que, apenas iniciado, fué suspendido, á consecuencia de levantarse el campamento de Tuyuty para pasar al campamento de Curuzú.

La actividad y nueva faz que parecía iba á imprimirse á la guerra, como á la verdad así sucedió, después de la larga y prolongada estadía en Tuyuty, lo impresionó favorablemente, á pesar de encontrarse separado del mando de su compañía y ver en estos cambios alejarse el plazo para la solución de su causa, á lo que debe agregarse el conocimiento que él debía tener de los solícitos e interesados trabajos que se hacían para impedir ó retardar la formación del sumario. Esta actitud lo contrariaba, no por el hecho en sí, sino porque todo su anhelo y todos sus patrióticos deseos eran encontrarse en aquellos lugares, donde, unido á sus compañeros de armas, se luchara por la defensa del honor nacional.

Conociendo la sincera amistad y particular aprecio que el coronel Charlone dispensaba al que suscribe este breve pero fiel relato de uno de los episodios de su vida, le mandó llamar para rogarle se empeñara con el citado co-

ronel al solo objeto de que lo llevara en su batallón en calidad de arrestado, solicitud á la cual accedió empeñosamente, después de los trámites, siempre difíciles en estos casos.

En el hecho de armas asalto de Curupaytí el coronel Charlone lo nombró su ayudante, y una fatal coincidencia hizo que ambos fueran heridos, falleciendo á consecuencia de ello en la ciudad de Corrientes.

También fué una fatal coincidencia la de que el valiente como ilustrado ayudante mayor del batallón 6 de línea, Nabor Córdoba, nombrado secretario *ad hoc* del sumario que hubo de haberse instruido por su acusación quedara muerto en el propio campo de acción, asalto de Curupaytí.

Mientras llegue el obligado momento para aquéllos más interesados que nosotros en estudiar las causas y los móviles de la prolongación de la guerra de la *triple alianza*, poniendo en claro las muchas enseñanzas que aquélla dejara, séanos permitido recordar un hecho singular, tocante y tal vez único en la historia, y que se relaciona íntimamente con los últimos momentos de la vida de nuestro querido amigo:

La herida de bala por él recibida en el asalto de Curupaytí, estaba situada en el tercio superior del húmero del lado derecho, el que había sido fracturado en mil pedazos (fractura conminuta) y que dió lugar, después de varios días de curación, á la obligada amputación.

Al hacerse la disección de la parte amputada, el que escribe estas breves líneas, encontró incrustadas las *armas de la patria en uno de los fragmentos del hueso húmero*. Estas armas de la patria pertenecían á un botón de la pechera de la chaquetilla, que usaba el día de la batalla, el mismo que había sido arrancado, roto y arrastrado por el mismo proyectil que había causado la fractura del brazo. Este hallazgo feliz para un patriota de sus condiciones, fué entregádole inmediatamente, como una preciosa reliquia, lo alegró por breves momentos en medio de su dolor y de su pena, por la pérdida del brazo derecho, que era para él uno de los órganos más importantes, en su doble carácter de periodista y militar.

Algunas horas después de la amputación, dejó de existir, siendo la causa de la muerte una hemorragia, que no se pudo contener por los médicos que lo operaron y que fué motivo de censura en los diarios de la ciudad de Corrientes (2).

Pedro Nicolorich no aspiraba á la gloria militar, eran otros sus ideales, pero colocado en la brecha, arrastrado por los acontecimientos, sabía cumplir fiel y estrictamente con sus deberes de ciudadano y de soldado.

Bajó á la tumba, rodeado del cariño y estimación de sus compañeros de armas y de sus amigos. Y hoy á pesar del largo plazo transcurrido, vive su recuerdo grabado en el corazón de aquellos que lo supieron apreciar y conocer.

Su nombre figurará dignamente en el *Álbum de la Guerra del Paraguay*, y estas breves líneas que le dedicamos sean un piadoso y sincero tributo, rendido á la memoria del oficial pundonoroso, del buen amigo y leal defensor de la patria.

DR. GOLFARINI.

Febrero de 1893.

(2) Si es cierto que por la higiene de un pueblo se puede juzgar de su progreso y de su civilización, segun Monlau, no es menos cierto que por calidad, competencia é ilustración de un Cuerpo Médico Militar, se puede apreciar la buena organización de un ejército.